

CUENTOS TERRORÍFICOS
DEL ANTIGUO JUAN VIÑAS



Juan Viñas en 1913

JUAN VIÑAS

O.V.J.

Sexo femenino, 96 años

Rosario extemporáneo

Mi novio era músico y muy aficionado al billar. Todas las noches, iba a la clase de música y después se quedaba jugando casi hasta las diez. Como vivía enfrente del ingenio, por fuerza tenía que pasar por la iglesia que, a esas horas, ya estaba cerrada hacía rato.

Una noche, él iba bajando por la acera de la iglesia, cuando oyó muchas voces de mujeres como rezando el rosario y una voz de hombre dirigiéndolo. Le pareció raro que hubiera un rosario a esas horas, porque lo rezaban a las seis de la tarde. Pero sí se terminó de asustar y salió corriendo cuando se dio cuenta de que la iglesia, además de estar cerrada, estaba oscura, ni una sola luz se veía.

Por el susto que se llevó, en las noches siguientes mejor pasaba corriendo por la acera de enfrente.

Sombra horripilante

Una vez, mi novio me contó que se estaba escribiendo con Los *Rosacruz*. Yo no sabía qué era eso; pero me cayeron muy mal porque, un día, le cogió a él un dolor de muela terrible y no pudo tomarse nada para aliviárselo porque ellos se lo prohibían; ni siquiera canfín podía ponerse, tenía que aguantar el dolor hasta que se le pasara.

Cuando yo ya vivía en Juan Viñas, a veces, mi novio y yo conversábamos debajo de la luz de un poste que estaba en puro frente de la iglesia. La luz era bajísima, parecían *cinco* de *achote*. Una noche, mientras hablábamos, la luz se bajó todavía más y yo vi, en la calle, la sombra de un murciélago enorme con las alas abiertas encima de él. Asustadísima, volví a ver para arriba para ver el gran animalote, pero no había nada.

Yo me puse furiosa porque, para mí, eso era cosa de Los *Rosacruz* y lo amenacé con que, si seguía escribiéndose con esos viejos, *quebraba* definitivamente con él, porque yo no

tenía ninguna necesidad de seguir llevándome *semerendos* sustos. Como él me quería mucho, me hizo caso y yo no volví a ver aquella figura tan horrible.

C.V.R.

Sexo femenino, 95 años

Fruta prohibida

En Juan Viñas, había una bruja que se transformaba en guanábana para que la apretaran y le saborearan la miel. Mi bisabuelo trabajaba con una carreta y una yunta de bueyes. Una madrugada, como a las cuatro, se encontró la guanábana tirada en el camino, la juntó y empezó a chuparle la miel. Cuando ya no quiso más, la puso en la carreta.

Cuando iba para adelante de los bueyes para ponerlos a caminar, mi bisabuelo oyó unas risotadas y se dio cuenta de que era la bruja, que ya se había tirado de la carreta y estaba burlándose de él porque lo había obligado a saborearla.

Huida peligrosa

Cuando estábamos chiquillos, nos decían que si uno salía en carrera cuando la mamá o el papá lo iban a castigar, la tierra se abría y se lo tragaba a uno y después solo se oían los gritos debajo de la tierra.

Viuda caritativa

Un tío abuelo mío se adueñó de un pedazo en Juan Viñas, donde ahora está la casa de un señor muy conocido que tiene un apellido extranjero. Empezó a construir la casa y cada vez que la terminaba, se le caía. Así le pasó varias veces, porque él había ofrecido hacer ahí una ermita dedicada al Señor del Triunfo, el que sale sobre una mulita y, en vez de cumplir esa promesa, decidió hacerse la casa.

La primera esposa del señor de Juan Viñas tenía mucha plata y donó a la Iglesia una casa vieja para que, en esa propiedad, se construyera la ermita y se pudiera pagar lo que mi tío había prometido. Así, la casa dejó de caerse.

A.H.A.

Sexo masculino, 95 años

Tío espléndido

Aquí en Juan Viñas había un señor que pasaba todos los días por la calle que está a la orilla del ingenio. Una noche vio, cerca del ingenio, una luz muy brillante. Él creyó que era un *foco* nuevo y se arrimó a verlo. Yo no me acuerdo si la luz le habló primero a él o él a la luz, la cuestión es que supo que allí cerca había un tesoro. El señor le hizo caso a la luz, fue y lo buscó y encontró un saco lleno de barras de oro.

No se cómo hizo para cambiar el oro por plata; pero sí se supo aquí que, después de ser un pobre como uno, se había convertido en accionista de la empresa de buses de Cartago y de la fábrica de cemento.

Actualmente, parece que le dejó una buena fortuna a una sobrina que lo atendió bien los últimos años.

E.Q.Z.

Sexo masculino, 93 años

Lugar de perdición

Cuando yo tenía nueve años y medio, nos habíamos ido a vivir a Tucurrique. Ahí había un salón de baile y todos los sábados era un puro pachangón.

Papá era guarda y cuidaba los sacos de mercadería en una bodega en lo alto de una loma. De ahí, salían dos cables primarios que llevaban la corriente a todo Tucurrique. Papá encendía o apagaba la corriente. Como nosotros éramos solo cuatro, a veces nos íbamos con mamá para arriba, a pasar la noche con papá en el galerón.

Un sábado, estaba el baile en lo mejor del escándalo y los gritos, como a la una de la madrugada cuando, por los alambres, se apareció un animal negro de cuatro patas, como un mono, que iba echando fuego por manos y patas, por todos lados. Nosotros también lo vimos. La pobre mamá solo

acató a rezar con mi hermano mayor, para pedirle protección a Dios. Papá decidió apagar la luz y dejó todo el pueblo oscuro. Como a la hora, volvió a *prenderla*, pero ya había pasado todo.

¡Quién sabe qué diabluras estarían haciendo en el baile que se apareció eso tan espantoso! Todavía hoy me agarran escalofríos cuando me acuerdo.

Larga reflexión

Un hermano mío vivía intranquilo porque en la casa, que estaba en el bajo del ingenio, se oían cosas que se caían. Iban a revisar pero nada estaba caído. Entonces, pensó que, si era una bruja, la iba a agarrar. Pasaron meses y meses de pensar cómo, cuando alguien le aconsejó que comprara mostaza, la llevara donde el padre a bendecir y, con eso y una *cruceta*, la agarró. Y dejaron de oírse cosas raras.

Gracias a la luz

Yo vivía en el bajo del ingenio y subía al pueblo a visitar a una novia. Un sábado, estaba yo en casa de la muchacha cuando se vino un aguacero que lo mandaba Dios. Me tuve que quedar ahí como hasta las once de la noche porque no podía salir.

Por la oficina de la Finca, había un árbol de higuerón, donde daba la vuelta la callecilla y, en una rama doblada, se me presentó una luz muy

grande. Yo pensé que podía ser un fuego fatuo.

Cuando llegué a la casa, estaba mamá alumbrando dos pajitas de agua con una candela. Me pidió que me fijara si se estaba empozando el agua en el patio; me asomé y vi que la batea casi casi se la estaba llevando el agua. En eso, la misma luz grande que había visto en la callecilla me alumbró y yo vi todo el patio iluminado. Llegué apenas a tiempo para que el agua no se llevara la batea con la ropita de todos nosotros.

Después de esa vez, siempre que yo andaba por una oscuridad, la luz siempre me alumbraba el camino. No me daba miedo porque sabía que era algo bueno. Tiempo después, se lo conté a mi esposa y no se me volvió a aparecer la luz.

Vecina inoportuna

Mi esposa estaba asoleando al hijo mayor de nosotros, cuando vio que se levantó la tierra y empezó a salir el borde de una tinaja y se oía ruido como de monedas. En eso, una señora vecina llegó por unos chayotes, hablándole muy duro a mi esposa. Cuando eso pasó, se cerró la tierra, la tinaja desapareció y solo seguían sonando las monedas.

Otro Moisés

A mi hijo el mayor, cuando apenas podía sentarse, se lo robaron los

duendes y lo dejaron en el río La Maravilla por el rastro. Todo el mundo se movilizó para buscarlo; unos vecinos tocaban guitarra porque, como a los duendes no les gusta la música de guitarra, aflojan los chiquitos.

Encontraron al chiquito sentado en una piedra. Vale que era verano y el río estaba seco y lo pudieron sacar.

Reencuentro

Un hijo mío tenía como diez años cuando, en un potrero, se encontró con un duende. Dice que el duende le dijo el nombre y más cosas; pero yo no las recuerdo.

Cuarenta años después, en Los Chiles donde mi hijo tiene una propiedad, lo volvió a ver y lo reconoció porque era exactamente el mismo. Es el segundo hijo que tiene una experiencia con duendes porque, al mayor, me lo dejaron en medio río La Maravilla.

Enviada del cielo

Una vez, tenía mi esposa los chiquitos enfermos, creo que de tosferina o sarampión. Estaba muy acongojada porque no tenía quién le fuera a traer la leche a la casa del administrador de la Hacienda, donde la comprábamos. Además, no podía dejarlos solos. Ella tenía una olla medianita azul, de loza, sobre la mesa de la cocina. Después de un rato, fue a coger la olla para buscar a alguien que le hiciera el mandado y la encontró llena de leche.

Mi esposa salió y le preguntó a las vecinas quién le había hecho el favor de traerle la leche y ellas le dijeron que habían visto una chiquita muy bien vestida, con lazos en la cabeza y muy bonita, que entró a la casa con la olla azul en la mano. Pensaron que a lo mejor era de algún familiar que había llegado de San José; pero nada de eso había pasado. Tal vez fue un ángel que la ayudó.

Ofrenda adelantada

Una noche, salí de la casa antes de las doce para ir a trabajar al ingenio; abrí la puerta y, cuando fui a poner el pie abajo, vi una corona de ciprés con flores y casi la majo. La agarré, la tiré y salió volando quién sabe para adonde.

Testigos excepcionales

Yo tenía un compañero que trabajaba en el ingenio en el mismo turno que yo. Él vivía en el centro y yo para abajo de la tienda de Paulinita Mazza, en la casa de mis suegros. Cuando nos tocaba entrar a las doce de la noche, yo lo esperaba al frente de la iglesia.

Una noche, íbamos caminando para el ingenio y se nos ocurrió volver a ver para la iglesia. Vimos una fila de gente que salía de la iglesia al atrio como en procesión, le daba la vuelta al atrio, volvían a entrar y volvían a salir. Nunca supimos qué era eso; pero los dos lo vimos.

Esa misma vez, íbamos entrando al ingenio mi compañero adelante y yo atrás, cuando me pasó por el frente una sombra negra y, en ese mismo momento, mi compañero volvió a ver para atrás y la vio donde atravesó el vidrio de una ventana. Ninguno dijo nada; pero a la noche siguiente, mientras estábamos tomando café, los dos comentamos lo que habíamos visto.

Pasos solitarios

Venía una noche de trabajar y ahí por la casa de los Dondi, en la acera, yo dí un paso y sonó otro igualito. Volví a ver para todo lado; pero no había nadie. Seguí para abajo y los pasos seguían oyéndose detrás de mí. Me dio miedillo y me agarré de un poste que había en la pura esquina.

Estaba ahí cuando me acordé que dicen que, cuando uno está asustado y ve una luz aunque sea pequeña, como que le entra valor. Por dicha, en una casita vieja, vi una lucecita que me dio fuerzas para cruzar la calle y seguir rápido hasta la casa.

Objetivo inalcanzable

Una vez, estaba *parado* el ingenio no recuerdo por qué. Era de noche, casi las doce. Nos quedamos en una ventana viendo para las casas del frente, cuando vimos un bultillo chiquitillo, por la calle que ahora llaman de los Administradores. Un compañero

mío creyó que era un chiquito de él que se había salido de la casa; pero no era y menos a esas horas.

Nos salimos del ingenio y nos acercamos a la esquina y ya el *bulto* iba lejos; nos fuimos siguiéndolo; pero nunca lo pudimos alcanzar porque siempre iba más adelante que nosotros.

Colega anónimo

Yo estuve un tiempo de guarda en el Colegio. Siempre oía decir que ahí salía un *bulto* como de un hombre alto; yo no creía hasta que, una noche, lo voy viendo a la entrada por los baños. Además, otro compañero también lo vio.

Muerto de frío

Yo salía de trabajar en las calderas de ingenio a las doce de la noche, con un compañero que siempre lo perseguían los muertos y hablaba con ellos.

Una vez, le llegó un olor feo, como a muerto, y me dijo que alguno quería hablar con él. Me pidió que me pasara para delante, para cubrirme del frío de los difuntos. Me dejó en mi casa y se fue para la de él, que estaba a la par de la mía. De veras, habló con el muerto y se puso tan heladítico que tuvieron que calentarlo.

Al día siguiente, le pregunté que con quién había hablado y me dio el

nombre; pero, me dijo que no podía decirme lo que hablaron porque era un secreto de algo que no pudo arreglar en vida.

Cuando murió, estaba muy encogidito porque, después de tanto hablar con los muertos, el frío de ellos lo fue minando.

Alma buena

Aquí en Juan Viñas, había un viejito muy humilde, andaba siempre vestido de caqui, con ropa que le daba mister Straumann y se cobijaba con un saquito de gangoche. Llevaba leña a las casas o la picaba. Un día llegó a casa, en el bajo del ingenio; mi esposa empezó a darle comida y él a ayudar en lo que podía y se hizo como de nosotros. Dormía en un rinconcito de la cocina. A mí me gustaba encontrarlo ahí cuando llegaba del ingenio a la medianoche, porque me sentía acompañado. Yo le dejaba la luz *prendida* para que no encendiera la candela por miedo a un incendio.

Una mañana, le dijo a mi esposa: “Yo hoy me voy” y cuando ella le preguntó para dónde, le contó: “Anoche vino un ángel muy bonito, resplandeciente, con corona, y me dijo: Mañana a las tres de la tarde te lleva Tatica Dios”. Por supuesto, nadie le creyó. Ella le cocinó un chayote grande que él quería comerse; pero no lo quiso. Se fue para arriba y, a la una de la tarde, no había llegado a almorzar. Pensamos

que alguien lo había aquerenciado con un trago en una cantina del pueblo.

Seguimos esperándolo y, cuando lo vimos bajando por la oficina de la Hacienda, parecía que estaba borracho. Llegó y se sentó en las gradas de la cocina, como siempre. No quiso almorzar. Se quedó ahí queditito y, a las puras tres de la tarde, hizo la cabecilla a un lado y se murió.

Como era casi uno de nosotros, yo me hice cargo de la velita, el funeral y el entierro. Era una alma buena.

M.A.V.J.

Sexo femenino, 86 años

Misa de ánimas

Una viejita que vivía en Juan Viñas me contó que, hace muchos años, la despertaron las campanadas de la iglesia. Como ella iba a misa todos los días, se levantó rapidito, se mudó y se fue. Vio que estaba oscuritico; pero creyó que el día había amanecido de lluvia o muy ennuablado.

Cuando la señora llegó a la iglesia, ya la misa había comenzado. No reconoció al padre porque no era el de Juan Viñas; sí notó que era muy alto y muy muy flaco y como muy pálido; además, en esos tiempos, los padres daban la misa dándole la espalda a la gente. Ella creyó que era una misa de ánimas, porque el padre estaba vestido

todo de negro y habían solo señoras de luto y con la cabeza tapada con una *toalla* negra. Tampoco pudo ver quiénes eran porque rezaban muy agachadas y, como en esos tiempos no se daba la paz, uno no podía ver bien a la gente. No fue a comulgar porque el domingo antes no había ido a la misa porque estaba resfriada y no había podido ir a confesarse. Cuando terminó la misa, se fue.

Cuando abrió la puerta de la casa, encontró a la familia levantados y asustadísimos porque no sabían dónde estaba. Ella se extrañó y les contestó que andaba en misa como todos los días. Y el hijo, más extrañado todavía, le dijo: “Mamá, no puede ser que anduviera en misa porque apenas son las dos de la mañana”.

Dicen que, a veces, las ánimas necesitan que una persona viva rece por ellas en una misa, para poder salir del purgatorio y entrar al cielo.

R.R.B.

Sexo masculino, 84 años

Menú de fantasmas

En el camino a Santa Marta, ven venir una pelota echando fuego; dicen que son encantos que hay ahí.

El INVU antes era una ciénega y se ven luces en los cafetales.

Un señor de Santa Cecilia dice que, a las puras doce de la noche, baja

la *Tulevieja*, es un espíritu como de una vieja muy fea que lo asusta a uno con solo verla.

El Cadejos es un animal que, si se le da la mano derecha, nada hace; pero no se deja tocar. Dicen que a veces acompaña a los hombres cuando vienen de parrandear.

Aquí, atrás de esta casa, por la paja de agua que hay atrás, se oye la Llorona dando gritos horribles.

A mi tata, todas las noches le salía la Cegua, porque la hora de llegar a la casa eran las tres de la mañana. Lo iba a dejar hasta la casa y nosotros oíamos los fustanes de ella en el corredor.

Dicen que la Cegua botaba unos perfumes tan ricos que los hombres quedaban encantados; pero se caiban para atrás cuando le veían la cara como de una yegua. La gente cambiaba de camino para no encontrársela. Si le salía por la calle de Las Negras, se iban por la piscina o por la calle de los Administradores; pero siempre les volvía a salir a topárselos.

Ángeles caídos

El diablo era el ángel más querido de Tatica Dios. Una vez, estaba el diablo descansando sentado en la silla del Señor y no quiso darle lance para que se sentara. Entonces, Tatica Dios lo maldició; se abrieron las puertas del cielo y el diablo cayó a la Tierra y no pudo volver a entrar.

La mitad de los ángeles se quedó en el cielo; pero la otra mitad se salió porque creyeron que se iba a terminar el mundo cuando vieron que el diablo había caído a la Tierra. Los ángeles que cayeron son los duendes que, para robarse los chiquitos, les dan confites que resultan ser cagajones de caballo.

Rencor eterno

Una querida de mi tata le hizo un mal a mi mamá en una pierna: se le abrió un tubillo y, endespues, los martes era un solo llorar y llorar porque la pierna se le ponía en carne viva. Padebió dieciocho años y nunca se curó.

Mamá nunca perdonó a mi tata, ni siquiera cuando estaba agonizando y el padre que fue a confesarla para despedirla se lo pidió.

Paliza brutal

El abuelo de mi suegra también era un gran enamorado. Tenía dos queridas: una medio malilla y otra una muchacha terriblemente mala. Una noche, iba para la casa de la señora cuando, por el puente de Santa Cecilia, le resultó un ataúd tapado, con cuatro candelas encendidas, que no lo dejaba pasar. Entonces, se sentó en el suelo, frente a la caja, para saber qué había adentro. Él sospechaba de la querida mala; pero no estaba convencido.

Como entre cinco y seis de la mañana, desde adentro, la voz de ella

comenzó a gritarle que la sacara; pero que no le hiciera nada. Entonces él la agarró y, con la *cruceta* bendita que siempre andaba y que tenía filo por los dos lados, le dio una paliza tan terrible que hasta le chorreaba la sangre por todo lado. Como a los ocho días, murió.

El abuelo se compuso y, en adelante, siguió solo con la esposa.

Ajuste de cuentas

Una vez, papá se enamoró de una señora ya casada; dormían los tres juntos: uno para arriba, otro para abajo y ella en el centro. Seguro le había dado algo al marido para que no se diera cuenta de lo que pasaba.

Esa mujer le hizo un maleficio a mi hermano mayor para que no se enamorara de ninguna otra. En un vaso de chicha, le echó el daño para que se le formara un *armado* en el estómago. Se le puso hinchadísimo y en las noches, se moría de las ganas de vomitar, seguro para echar afuera el animal, pero no podía. Se puso tan malo, tan malo que papá lo llevó al Hospital San Juan de Dios; pero los doctores no pudieron dar con lo que era, fue de padecer y padecer.

Cuatro horas a caballo para adentro de Pejibaye, vivía una señora que curaba maleficios. Un domingo, nos fuimos a buscarla y, apenas nos vio, supo a lo que habíamos ido. Examinó a mi hermano y dijo: "Este armado ya

tiene concha", porque no podía salir por ninguna parte. Entonces, le dio a tomar un polvo blanco y, al cuarto de hora, empezó a vomitar unos gusanos grandes, grandes. Después, le dio un polvo rojo y le dijo que tenía que agonizar tres días. "Si no lo curo, usted no tiene que pagarme nada", le dijo a papá. Justo al decir miércoles, a las cuatro y cincuenta de la tarde, mi hermano entregó el alma a Dios a los treinta y tres años.

A los nueve días de muerto mi hermano, el hijo que había tenido con la misma mujer -ya estaba casado y manejaba un taxi- quería saber quién había matado a su papá. Yo le tuve que decir la verdad, que había sido su mamá. Como él la mantenía, se vengó echándola puerta afuera de la casa apenas llegó a San José y jamás volvió a ver por ella.

A.M.B.

Sexo masculino, 81 años

Matrimonio urgente

A un amigo mío que no quería casarse con la novia, una vez la mamá de ella le echó un maleficio en un café que le dio a beber y, al momento, estaba tan precisado que hasta quería hablar rapidito con el padre para que lo casara. Yo no se si se casaría con esa misma muchacha.

Carro veloz

Yo trabajaba haciendo caminos. Una madrugada, como a las tres, iba yo caminando por un caminito cuando me topé un carro muy raro, parecía como una vagoneta, con las luces que se prendían y apagaban ligeritico. El chofer me llamó y me hizo señas; pero no me dio tiempo ni de volver a verlo porque salió disparado y desapareció en segundos; he durado más en contarle que lo que duró en esfumarse.

En otro ambiente

Dicen que ahí por La Maravilla, buscando hacia La Mica, han visto una muchacha muy bonita sentada en el corredor de una casa. Dicen que es la Cegua, pero yo siempre he sabido que sale en los caminos. No sé.

Dúo aterrador

Por el camino que pasa a un lado del ingenio, al pie de un *palo* de higuierón, salía una sábana blanca extendida volando en el aire. Uno se asustaba tanto que solo acataba a salir huyendo.

En ese mismo camino, muchos han visto un hombre grandísimo y altísimo, vestido con ropa oscura y sin sombrero.

R.A.P.U.

Sexo masculino, 80 años

Nervios de acero

Una noche, en Naranjito, venía yo bien borracho por el cementerio, cuando de pronto sentí un gran ruido, como un caballo que pasó en carrera a la par mía; pero no pasó ningún caballo. Venían también unas vecinas que se devolvieron en carrera, asustadísimas porque las había asombrado el mismo espanto.

A mí, el guaro me mantuvo valiente.

Adictos castigados

Una vez, iban cuatro señores de Juan Viñas bien borrachos para un rezo del Niño en Infiernillo. Ahí no había corriente eléctrica, solo el cable del teléfono de la Hacienda.

Cuando iban por La Zoila, de un momento a otro, se trepó al alambre el Mico Malo, que es el diablo. Ellos estaban asombrados de ver ese animal tan horrible corriendo por el alambre y, al llegar a la *Cruz de Misión*, se desapareció, porque es un lugar sagrado.

Cambio de apariencia

Iba un muchacho bien borracho de La Maravilla para el centro, por



La Cruz de Misión

donde está la pista ahora y una vieja lo iba siguiendo, siguiendo y lo fue a dejar hasta la casa. Llegó asombrado y tuvieron que salir los abuelos a calentarlo porque estaba congelado.

La vieja era la Cegua, en forma de una viejilla horrible, con los pelos *parados*, unos dientes grandes y puntiagudos y solo uñas todas tierrosas.

M.I.R.B.

Sexo femenino, 78 años

Confianzuda

Yo ha oído a la Llorona en el río La Maravilla en la madrugada. Llorando dando alaridos, como una mujer atacada. A una nieta mía que vive en

Chis, le ha ido a llorar hasta en la pura puerta de la casa.

Presencia evasiva

Recién pasada a la casa de La Maravilla, vi pasar por la acera una sombra alta, vestida de negro, que iba como para La Mica. Me extrañó porque eran como las once y media de la noche y yo ya me estaba acostando. Por eso, me quedé levantada para ver si conocía a la persona cuando regresaba, pero no regresó. Una vecina me dijo que tapara la ventana con una cobija, pero nunca más la vi.

Visitante alado

En un tiempo, yo vivía sola y me acostaba muy temprano. Una nochecita, como a las seis y media, iba yo para el servicio, cuando vi pasar del comedor a los cuartos un pájaro grande, negro, como un zanate. Yo le puse enfrente el rosario y le dije: “De parte de Dios todopoderoso...”, pero no me dio tiempo de terminar porque se desapareció.

Secuestro navideño

Hace tres años, el 24 de diciembre, del corredor de mi casa en Naranjo desapareció un nieto mío de tres añitos, desde las tres de la tarde hasta las cinco, cuando apareció en el patio de una casa vecina. Contó que un

perrito chiquitito, muy bonito, quería darle muchas flores y confites y, por eso, se había ido con él.

La gente dice que seguro fueron los duendes que cambian de formas para llevarse a los chiquitos.

R.R.M.

Sexo masculino, 77 años

Frustración

De joven, yo quería aprender a nadar y me iba con otros compañeros a la poza de La Mica. Una noche de luna, vimos, en una piedra grande que había en el río y que formaba la poza, un hombre delgado; pero tan grande, que tenía la cabeza a un lado del río y los pies en el otro. De repente, estaba parado en la piedra; después se consumió y no volvió a salir. Creímos que ya no salía más. Al rato salió, pero no tenía cabeza. Mucha gente llegó a ver ese hombre, no solo nosotros.

Nosotros no volvimos ahí para aprender yo a nadar.

Sombrero mágico

Cuando joven, yo tenía un amigo muy bandido. Una vez, iba él a pasear con unos amigos y, en el camino, se encontraron un perro grande, que venía como a toparlos. Entonces, el carambas jodido le tiró un sombrero de lona que traía y, al momento, el perro se

convirtió en una sábana blanca que se fue volando. Eso son brujerías.

Mascota dócil

Una vez, venía yo de Juan Viñas para Naranjo por la carretera, de bailar o echar serenata, cuando oí que, atrás de mí, venía algo que sonaba: era el Cadejos arrastrando las cadenas.

Cuando él le sale, si uno lleva galletas o pan se las va echando, él se las va comiendo y sigue caminando mansito a la par de uno. Si un enemigo lo quiere atacar a uno, él lo defiende a uno y se hace enemigo del enemigo de uno.

Coro de oraciones

Faltándome dos días para casarme, pasé por el panteón como a las doce de la noche y, frente a una bóveda grande que hay cerca de la calle, oigo esa gran rezadera, era un viaje de voces rezando yo creo que el padrenuestro.

Yo salí espantado para la casa en pura carrera y casi boto la puerta a patadas.

Un hermano mío que me vio entrar pálido, pálido me dijo: “Ve; por andar en la calle, lo asustaron”.

Congojas de parto

Cuando iba a nacer uno de mis hijos mayores, yo vivía en La Mica. Llegué una vez casi a la medianoche a

la casa y me encontré a la señora con dolores porque ya le iban a regalar. Mi mamá era partera y, como vivía en Naranjo, yo tenía que ir a traerla.

Cuando regresamos a La Mica, en la pura entrada del potrero donde estaba la casa, había un portón y ahí una *semejante* luz que echaba chispas por todas partes y se corría de un lado a otro, por donde teníamos que pasar.

Nosotros estábamos muy acongojados pensando en la señora. Primero, le pedimos ayuda a Dios y, después, yo le dije a la luz un *reguero* de malas palabras. En eso, la luz se alzó, se partió en dos y se desapareció. Entonces fue cuando pudimos llegar a la casa.

Un gigante

Recién venido de La Maravilla para Naranjo hace cuarenta y ocho años, me encontré una vez con un *bulto* como de una persona enorme, pero no se le veía la cabeza.

Contra el vicio

Yo fumaba mucho. Una noche, como a las diez, iba para Juan Viñas por la carretera, cuando comienza un *zoncho* a darme vueltas por la cabeza y, a puros aletazos por la cara, me botaba el cigarro; entonces, yo encendía otro fósforo y también me lo botaba. Así, un montón de veces. Yo pensé que, si la cosa seguía así, mejor era salir en carrera.

Por dicha, no tuve que correr demasiado porque, al llegar a una casa en Naranjito, que tenía un bombillo encendido, se desapareció el animalejo.

Misterio sin resolver

En una gruta cerca de aquí, que tiene un san Antonio, en las noches, salía una viejita chiquitica, vestida de carmelo, con la cabeza tapada con una *toalla* negra como las que usaban las mujeres antes para entrar en la iglesia. Una vez, me quedé viéndola donde iba caminando poco a poco y, en lo que volví la cabeza para ver si venía alguien, se desapareció.

Nunca se llegó a saber qué podría ser. Dicen que cuando alguien debe una promesa y se muere, después viene a este mundo a buscar alguien que le ayude a pagarla.

R.G.P.

Sexo masculino, 76 años

Voces del pasado

Allí por El hospital asustan. Uno va a caballo y siente escalofríos y el caballo no quiere caminar. Otras veces se oyen montones de bestias que vienen corriendo; la gente se hace a un lado para que pasen, pero nunca pasan. Además, se oyen voces como de gente conversando.

Ese lugar era como un cementerio porque la gente que vino a construir el ferrocarril, chinos, negros, italianos, moría de fiebre y picados de serpiente y los enterraban ahí mismo.

Negro compañero

En el Infiernillo, ahí por el río Naranjo, dicen que van caminando y oyendo un ruido raro y ven un animal negro, grande; pero no les hace daño, solo va acompañándolos

Casa de sustos

En esta casa asustan porque antes aquí hubo un cementerio. Mi finada esposa decía que andaban sombras caminando, oía ruidos y siempre veía un señor sentado en la sala.

Mi nieto, que tiene 22 años, ha visto un güila de cinco años como máximo, machillo, que camina por la casa. No se sabe si lo enterraron vivo o lo mataron.

Una noche, estando yo acostado, me *jalaron* la cobija; yo la *jalo* otra vez y me la vuelven a quitar, así un montón de veces, hasta que logré dormirme aunque fuera descubijado.

Hace como un año, estaba acostado y eché una mano hacia atrás y le toqué el pelo a una mujer, porque era un pelo largo. Me enderecé y yo tenía helado, helado, el lado del cuerpo que estaba a la par de la mujer, y con un desconsuelo terrible en todo el cuerpo.

Otra noche, sentí yo una mano helada, como de muerto, que me pasó por la cara, suavcito.

M.V. L.

Sexo masculino, 75 años

Deuda sagrada

Me llama mi mamá un día y me cuenta que en la propiedad de un vecino se estaba viendo una luz azul.

Mi abuela, que era una mujer muy valiente, dijo que se iba a animar a hablarle a la luz. De veras, le habló y la luz le pidió que le dijera a su familia (le dio el nombre) que llevara a la iglesia una carreta de leña que le había ofrecido a la Virgen del Carmen y que le rezaran un rosario, porque a él no le había dado tiempo de hacerlo.

La luz era el ánima de un muchacho que se había suicidado hacía poco allá por el desvío, porque la muchacha de la que estaba muy, muy enamorado no le hacía caso. La familia cumplió la promesa y hasta ahí llegó la luz: nunca más se volvió a ver.

Como perros y gatos

Por donde mamá, vivían unos vecinos que pasaban toda la vida en un puro pleito. Yo tenía como doce años, cuando un día, mamá me llamó para contarme que había visto pasar un gran perro negro, que hacía un gran

bullón porque caminaba arrastrando una cadena gruesa.

Poco después, los vecinos que peleaban tanto se fueron, seguro por miedo al Cadejos.

Salvado por el fuego

La familia de mi mamá vivía ahí por donde llaman el corral. Una noche, como a las doce, mi tío iba para la casa cuando se le montó en ancas la Cegua, que inmediatamente, le pidió un cigarro; él se lo dio, pero apagado. Entonces, la Cegua le pidió fuego para encenderlo, pero él no se lo dio porque sabía que, si se lo daba, tenía que volverse para verle la cara y, en ese momento, ella le pelaba los dientes para asombrarlo.

Cuando ella vio que no le iba a dar fuego, mejor se desapareció.

Copito

Una tarde, andábamos *conejando* por el cementerio, cuando los perros que llevábamos a cazar se devolvieron *grifos*, grifos. Yo me quedé quieto para ver qué pasaba y al momento, salió el Copito, que es un perro blanco, pequeño, amigo de los hombres que andan parrandeando. No se puede tocar porque se le tira encima a uno para morderlo; pero si a uno lo ataca un enemigo, Copito lo defiende, además, lo va a dejar a uno hasta la casa.

Aunque me asusté, Copito no me hizo nada seguro porque yo no andaba en malos pasos.

Rastro sulfuroso

Una señora de aquí, de Juan Viñas, estaba desesperada por la mala situación económica. Como ya estaba cansada de pedirle a Dios que la ayudara y nada, decidió pedirle al diablo: “Diablo, por favor, te lo pido, *repara-me* plata. Mirá que mal que estoy y nadie me ayuda”.

Al ratito, tocaron la puerta y ella salió a abrir. Se encontró con un hombre alto, vestido todo de blanco, hasta los zapatos, y con un montón de dientes de oro que le brillaban cuando hablaba. Le dijo: “Yo soy al que le has pedido que te *repare* plata.” La señora lo reconoció y se asustó tanto que, inmediatamente, invocó a la Santísima Trinidad y, en un instante, el diablo desapareció y solo dejó un rastro hediondísimo de azufre.

Petición

Desde los siete años, yo iba a cazar a la montaña con mi papá. Una noche, estábamos atisbando un tepezcuintle desde un *tabanco* y, de vez en cuando, lo enfocábamos para encandilarlo. En una de tantas, pasó agachado, debajo de nosotros, un hombre grandísimo que se quedó viéndonos fijo y nos dijo: “Si van a tirar al animal,

péguenlo bien, porque si no, a mí me toca curarlo” y desapareció.

Era el *Dueño de monte*, que también lo han visto en La Gloria.

Cacería fallida

Mi cuarto hijo salió tan bueno para la cacería como yo. Un día, al anochecer, salió con unos amigos a tirar un cabrito. Uno de los compañeros le pidió el rifle y mi hijo se lo prestó. Cuando estuvo solo, apagó el *foco* y, inmediatamente, se le apareció un muchacho alto que le pregunto qué estaba haciendo ahí. Él le dijo que iba a tirar un cabrito. Entonces, el muchacho aparecido le dijo: “¿Ustedes no saben que la noche es para los animales y no para los cristianos? Si lo van a tirar, péguenlo bien porque si no, a mí me toca curarlo”.

Mi hijo salió corriendo muy asustado y les contó a los otros lo que le había pasado y se fueron todos de ahí. Después de eso, prometió nunca más salir a *montiar* de noche.

Ese también era el *Dueño de Monte* que yo ví, pero en la forma de un hombre joven.

L.S.V.

Sexo femenino, 75 años

Silbidos maléficos

En la plaza, se oyen muchos chiflidos también en la noche. La gente dice que los chiflidos son del diablo.

Bienvenida ingrata

Mi hija, una noche venía del trabajo y, al trepar las gradas para llegar al zacate que está enfrente de la casa, oyó unos alaridos horribles. Se metió en carrera asustadísima y trancó la puerta. Nunca supimos qué era.

Camino complicado

A mamá una vez la asustaron; iba para Naranjo y se le atravesó una sábana blanca que estaba extendida en el camino y no la dejaba pasar.

Levantín malintencionado

A un tío mío le hicieron un malificio y una vez lo alzaron hasta el techo y lo dejaron guindando de una cercha. Tuvieron que tirarle cosas benditas para *apiarlo*. Por el puente de Santa Cecilia, le echaron una carrera y, al llegar a la casa, detrás de él lo seguía un fuerte olor a azufre. Además, llegaron hasta a ponerlo a andar en cuatro patas, como gateando.

Dicen que de esos malificios murió.

O.O.B.

Sexo masculino, 75 años

Ayuda inesperada

Papá contaba que, en Los Ángeles, él era arriero de bueyes y le tocaba

alternar cada semana con otro compañero. Un día de la semana que le tocaba a él, oyó que en el potrero venían arriando los bueyes. Al llegar, contó los bueyes y estaban completos y se fijó que nadie venía arriándolos.

Entonces, muy extrañado, fue y le preguntó al otro compañero y le dijo que él no era el que los arriaba porque esa semana no le tocaba. Papá nunca supo qué fue eso tan extraño.

Oído y visto

Ahí donde llaman La vuelta del herrumbre, se oían muchos quejidos horribles. Un día, venía yo para el pueblo, cuando oí un escándalo como de un pleito de chanchos. Me asomé por donde venía el ruido y lo que vi fue un animalejo muy feo, como un *zoncho*; pero mucho más grande que, cuando me vio, salió volando. Yo nunca volví a ver un animal como ese.

Triple miedo

Fueron unos vecinos a *montiar* cuando comenzaron los perros a ladrarle a un animal que estaba encaramado en un árbol. Ellos empezaron a disparar un montón de tiros, pero nada que lo pegaban. Al mucho rato, creyeron que era algo raro que no lo alcanzara un solo balazo y mejor se devolvieron.

Venían por el camino cuando oyeron un tropel de bestias, yeguas

o caballos, y, para que no los atropellaran, se hicieron a un lado del trillo para dejarlos pasar y lo que vieron fue una sábana extendida que pasó volando enfrente de ellos.

Malla deficiente

Yo era guarda en el ingenio y andaba cuidando en el patio. Un día, hará como quince años, me trepé en un carro con manteado, porque oí una bulla, y veo un animalote, como decir un perro; pero grande, grande y blanco, que salió disparado. Me le puse atrás y me quedé asustadísimo cuando vi que atravesó la malla (no se la brincó) y cuando lo vi fue al otro lado.

Chinga bullera

Ahí mismo, en el ingenio, una noche como a la una de la madrugada, encontré la *chinga* de un camión grande, de los que *jalaban* el azúcar para Pérez Zeledón, con el motor encendido porque sonaba mucho y las luces de atrás *prendidas*. Me corrí para que pasara; pero no pasó y, al rato, las luces se fueron haciendo más y más chiquiticas hasta que se apagaron del todo.

Entonces, me trepé a las gradas del carro para ver quién era el chofer, pero no había nadie.

Chapulinerо irresponsible

Otra vez, pasaditas las doce de la noche, andaba dando la vuelta por el patio, del ingenio cuando oigo que alguien me llamaba por mi nombre y me dice que va a sacar un *chapulín* para ir a traer el agua que se le echaba a la planta. Yo me metí al garage y, cuando salí, ya no estaba el chapulín.

En la casetilla, le pregunté al guarda que quién había salido con un *chapulín* y me contestó que nadie había entrado ni salido.

Chapulín juguetón

Una madrugada, empiezo a oír que arrancaban un *chapulín* y se encendían los *focos*; pero como no había nadie, yo iba y los apagaba; al momentito, otra vez todos encendidos. Así varias veces hasta que mejor me fui de ahí y lo dejé sonando y encendido porque no pude apagarlo.

Rareza

En el ingenio, había una casa donde vivía un señor que trabajaba en transportes. Una noche que salí a las doce, me senté como en un bordecillo de la casa esperando al otro compañero guarda, cuando empiezo a oír voces que rezaban y el ruido como de unos zapatos, de esos que les ponen

casquillos en los tacones para que suenen bien duro. Yo me paré y me quedé viendo de dónde salía el ruido de los zapatos y la rezadera, pero no vi nada.

Premonición

Una noche, como a las doce, iba yo por lo bomba del ingenio cuando sentí un escalofrío por todo el cuerpo y un miedo horrible. Por un momento, pensé en devolverme para ver qué había atrás de mí, pero luego pensé que era mucha pendejada; después, me arrepentí y me fui a buscar al otro compañero guarda. Él me dijo que mejor que no me hubiera devuelto porque seguro me hubieran asombrado.

Según me dijeron, eso tan feo que sentí era como un aviso.

M.C.Q.R.

Sexo femenino, 75 años

Incendio

Una señora y la hija vivían en la calle de la Escuela, en una casa que tenía cafetales por todos lados. Una noche, estaban peleando cuando, de un pronto a otro, vieron una llamarada en el cafetal. Llamaron al padre para que echara agua bendita y todo volvió a la normalidad. Era el diablo porque, además, se oían ruidos rarísimos.

Los hermanos de mamá y mi abuela también vieron la llamarada.

Joven noctámbula

Otra señora y la hija pasaban todo el tiempo peleando porque a la mamá no le gustaba que llegara muy tarde en la noche y la hija llegaba tardísimo siempre. Una vez, la muchacha llegó como a la media noche y, casi se muere del susto, cuando encontró el portón de la casa en una sola llamarada.

Rapto

Mamá contaba que una señora tenía una hija muy rebelde. Una vez, la mamá estaba aplanchando y la mandó a meter la ropa. La muchacha, muy insolente, le dijo que fuera ella y se metió en la letrina, que estaba en el patio. Cuando vieron que no salía, empezaron a llamarla, pero no contestaba.

Entonces, mandaron a traer un carpintero para que botara la puerta y cuando abrieron, vieron que no estaba. Se la había llevado el diablo por faltarle al respeto a la madre.

Z.C.T.

Sexo femenino, 74 años

Ir por lana y salir trasquilada

Mi abuelita materna era una partera muy buena. Un día, estaba moliendo, cuando tocaron la puerta, ella abrió y le entregaron un paquete envuelto en

periódico. Cuando lo desarrollaron, vieron que era un ladrillo y, como no les servía para nada, mandaron a un tío mío, que estaba jovencillo, a tirarlo en una pajilla de agua que pasaba por el ingenio.

A los tres días, llegó una señora a preguntarle a abuelita por el paquete que ella le había mandado. Abuelita le dijo que lo habían tirado en la acequia. Entonces la señora, llorando, le suplicó que la ayudara sacando el ladrillo del agua, para que se le curara una llaga tremenda que tenía en una pierna y le explicó que ella le había hecho un maleficio (a abuelita) para que se mancara y no pudiera traer más chiquitos y así le dejara el trabajo solo a ella.

Con grandes costos, mi tío sacó el ladrillo del agua y hasta ahí llegó el maleficio que le quería hacer a mi abuelita. No se si la señora se curó de la llaga; pero le pidió perdón a abuelita; ella la perdonó, pero le dijo que nunca volviera a hacer nada como eso.

¿El chiquito de la Llorona?

De casada, yo viví un tiempo en la cuesta que baja para el INVU. Un día, al cerrar el portón de afuera, oí el llanto de un chiquito. Como estaba lloviznando, pensé que si alguna señora llevaba un chiquito pequeño, se le iba a mojar. Por eso, entré en carrera a la casa a buscar una sombrilla y salí a la calle y, aunque el chiquito seguía llorando, no había nadie.

Me asomé por el zanjón para ver si veía a la señora con el chiquito, pero estaba vacío.

Después, he oído decir que en esa cuesta se oye llorar el chiquito de La Llorona. No se si será el que yo oí, pero lo oí bien clarito.

M.E.V.

Sexo masculino, 73 años

Pareja de novios

Iba yo chiquito para la casa, como a la una de la mañana, con papá, que se había quedado tan tarde jugando billar cuando, en el llano arriba del cementerio, vimos una pareja. Al principio, no nos extrañó porque muchas parejas se iban a los cañales de por ahí a sus cosas; pero lo raro es que los dos estaban completamente... vestidos de blanco.

Alegría truncada

Yo tenía una tía muy alegrita. Una noche, iba ella para la casa cuando oyó como una fiesta, como bailando en una casa que estaba sola. Se quedó un momento *parada* en la calle, seguro para ver si la invitaban, cuando sintió que le arrancaron el paño que andaba puesto en la cabeza.

Cuando mi tía llegó a la casa, encontró el paño guindando de la puerta.

M.Q.R.

Sexo masculino, 73 años

Un vivo muerto

Una noche, estaba un tío mío con unos compañeros jugando en el billar de Maurilio Esquivel, cuando llegó otro y les contó que se había muerto un amigo de todos ellos. Inmediatamente, dejaron de jugar para irse a la vela en La Maravilla.

Cuando se toparon al difunto subiendo la cuesta de los tablones, creyeron que los habían *vacilado* con la noticia. Ellos lo saludaron; pero él no se paró ni les devolvió el saludo y eso los extrañó mucho. Siempre se fueron a la vela y se asustaron muchísimo cuando, de veras, lo encontraron en la sala de la casa, en la caja, entre cuatro velas encendidas.

Aunque es cierto que se asustaron mucho, pensaron que el amigo muerto los había ido a topar para despedirse de ellos.

Espera interminable

A los chiquillos nos mandaban de dos en dos a llamar a los trabajadores del ingenio que entraban en el segundo turno, el de las doce de la noche. Íbamos por el barrio Santa Cecilia, por la calle de Las Negras que era muy oscura y también al barrio La Maravilla.

Una noche, veníamos saliendo del ingenio y yo volví a ver para la

panadería de Manuel Acuña; al frente había un poste de luz y ahí vi un señor gigantesco, como de más de dos metros de altura, parado, con los brazos entrecruzados a la altura del estómago; tenía puesto un sombrero de ala grande y estaba vestido todo de negro. Se agachaba hacia delante y luego se enderezaba y parecía estar esperando algo. Nosotros, todos asustados, empezamos a caminar para atrás para no darle la espalda.

Como a los cincuenta metros, había otro poste y ahí estaba otra vez el hombre y nosotros no lo vimos caminar. Al dar la vuelta por donde Arturo Mazza, debajo de otra luz, estaba el hombre grande. Esa fue la última vez que no solo yo sino todos los compañeros lo vimos.

Mucha gente en Juan Viñas asegura haberlo visto, pero nadie sabe quién es esa figura ni qué quiere. Hace como seis años, una cuñada mía, que estaba a deshoras de la noche paseando a un nietito que no se quería dormir, se asomó por la ventana de la sala y, debajo del poste de luz que está enfrente, vio un hombre exactamente igual al que vimos de chiquillos y estaba como viendo para el INVU. Ella se asustó igual que nosotros, pero tampoco sabe qué es el asunto. La aparición, que ya tiene muchos años, todavía sigue en el misterio.

Como un terremoto

Un día en 1948, mamá recibió un telegrama con la noticia de que un

hermano de ella que vivía en Guadalupe se había muerto. Nos mandaron, a mis dos hermanas y a mí, a avisarle a papá que estaba trabajando en el ingenio, para que buscara quien lo sustituyera en los *tachos* para poder irnos a San José al entierro.

La calle de los Administradores, por donde teníamos que pasar para llegar a la casa, tenía a ambos lados cercas con cipreses muy altos. Cuando íbamos pasando por ahí, las dos cercas empezaron a juntarse y a separarse rapidísimo y muchísimas veces. Creímos que era un terremoto y comenzamos a pegar gritos hasta que llegaron los vecinos a auxiliarnos. Lo extraño es que ninguno vio nada fuera de lo normal, todo estaba en su lugar.

Nosotros no podíamos hablar de eso en la casa porque nos mandaban a callar. Nunca supimos qué fue esa experiencia; pero, para mí fue tan terrible, que me acuerdo como si hubiera pasado ayer y del susto, todavía se me erizan los pelos.

O.C.R.

Sexo masculino, 73 años

Por encima de todo

Una noche, como a las ocho, venía un señor pasando por el *paderón* que está al lado arriba del puente de Naranjito, cuando vio de lejos tres caballos arriba del *paderón*. Cuando

pasó por donde ellos, pero abajo, oyó un testarazo como si los caballos se hubieran desbarrancado.

Entonces, volvió la cabeza para atrás, para ver qué había pasado y, cuando volvió a ver otra vez para adelante, se le presentó una gran sombra negra, negra extendida en toda la calle, que no lo dejaba pasar.

Del puro susto, se encomendó a la Santísima Trinidad y pasó en carrera encima de la sombra, que nunca se quitó para dejarlo seguir su camino.

Acoso infernal

Cuentan que un hombre que era muy renegado y pasaba siempre peleando y ofendiendo a la mamá, iba una noche de La Maravilla para Juan Viñas cuando lo vieron que iba cuesta arriba *escuechado* y detrás de él, se oía un silbido muy fuerte y feo. Cuando llegó a la casa, cayó asombrado. Tuvieron que darle remedios para que *volviera*.

Después se supo que le había salido el diablo, que se le puso atrás para agarrarlo y llevárselo por renegado y por mal hijo.

M.Q.V.

Sexo masculino, 73 años

Boyero diabólico

Cuando estábamos adolescentes, decían que espantaba la carreta sin

bueyes porque la manejaba el diablo. Nosotros vivíamos donde está ahora la piscina. Se oía donde venía lejos, parecía que caminaba sobre piedra, pasaba despacio por el frente de la casa y después se alejaba poco a poco. Pero, cuando la gente salía, no podía verla porque ya se oía el ruido larguísimo.

Nadador extraordinario

Cuando mi señora estaba soltera, vivía por el rastro. Una mañana, como a las ocho, se quedó *parada* a la par de una cerca de piñuela viendo para el río La Maravilla, que estaba casi a ras después de una crecida, cuando vio pasar rapidísimo algo como un perro.

Cuando llegó a la casa, le contó al papá y él preguntó: “¿El perro pasó por encima del agua?” Ella le dijo que sí, entonces él le contestó que era el Cadejos.

Perro goloso

Una madrugada, salí de trabajar en el ingenio y oí el Cadejos donde bajaba por la carretera que ahora es la pista; solo lo oí, porque no lo vi.

En el cuarto oscuro del ingenio, donde guardaban azúcar de tercera y de segunda, dicen que llegaba el Cadejos (que es el Pisuicas) a chupar miel.

M.S.S.

Sexo masculino, 72 años

Prisión fatal

Yo estaba chiquitillo, cuando conocí un tío que vivía por la caballeriza en un cuarto cerrado, porque no podía salir de ahí. Por novierillo, le habían echado un maleficio que estaba enterrado debajo de un *palo* de naranja.

Él era un señor bien presentado y muy trabajador; siempre andaba montado en un caballo que se llamaba El Pizote. Se juntaba con otros y salían en tropas a pasear hasta por Capellades. Pero lo “sellaron” en ese cuarto un montón de tiempo hasta que murió flaquitico. Dicen que, después, el palo se secó.

Yo era muy nuevillo cuando oía estos cuentos y de veras le daban a uno escalofríos de cuerpo.

El bombero

Un cuñado mío tenía una novia en Juan Viñas. Una noche, cuando entró a Naranjo, se le apareció un *bulto* que, cada vez que él encendía los fósforos, se los soplabá. Salió en carrera y se metió a la casa bien asustado.

Zona de peligro

Un señor que venía del trapiche, no podía seguir adelante porque los cañales se le hacían para todo lado; las hojas se le enredaban y no lo dejaban ver el camino. Seguro eran las brujas.

Las Moras

Venía yo de Juan Viñas con un hermano mío cuando, en la cuesta de Las Moras, oímos un montón de caballos que iban para abajo sopladitos. Nosotros nos hicimos a un lado para que pasaran y, cuando volvimos a oírlos, ya nos habían sacado tamaña ventaja. Nunca los vimos cuando nos pasaron adelante.

Ahí mismo, una noche como a las doce, nos encontramos una viejita, negrita, vestida de negro y agachadita, que salió de debajo de un hueco en un paredón.

Ahí, antes se oían sonando latas de cinc; pero, no había ni una casa porque todavía no habían construido la ciudadela.

Riqueza rodante

En el potrero de Calderón, mucha gente ha visto una pelota de luz rodando; dicen que es de oro con una luz encima. Nadie se ha animado a ver qué es.

Cuestión de estaturas

A veces, veníamos de Juan Viñas para Naranjo y veíamos un gigantón. Nosotros, asustadíticos, salíamos en carrera y, cuando nos dábamos cuenta, ya nos llevaba tamaño pedazo adelante. Así seguía por la carretera hasta que dejábamos de verlo. Mucha gente lo vio, pero nadie supo quién era.

Aquí, en el bajo de Veguita, salía un viejillo chiquitico, que se sentaba agachadito en la alcantarilla y, cuando una persona se le acercaba, se desaparecía. Otras veces uno sentía que lo iba siguiendo. Tampoco se supo quién era.

Cortejo piadoso

Venía una noche yo para Naranjo con un compañero policía cuando, por el panteón, vimos que algo venía por la carretera. Nos fijamos y era una sombra blanca flotando y oímos un montón de voces que iban rezando detrás de ella.

La cuesta de la chancha

Dicen que iba un señor borracho por una cuesta, cuando le salió una chancha furiosa a morderlo y quedó montado encima de ella. Del susto, no se acordó de lo que tenía que rezar, que era La Magnífica, y dijo: “¡Qué magnífica está la chancha!” Cuando

mentó La Magnífica, la chancha salió en carrera, lo dejó botado y se desapareció. Por eso, a la cuesta que sube del INVU le dicen la cuesta de la chancha.

Nosotros llevábamos siempre La Magnífica, en un bolsillo de la camisa, metida en una bolsita, porque era una reliquia muy buena para darle protección a uno si la andaba.

Tremenda lección

Hace poco, dicen que aquí, en Naranjo, le salió el diablo en forma de un animal negro, con los ojos rojos, a un muchacho que se portaba muy mal con la mamá. El animal lo quiso atacar y el muchacho se vio malísimo después.

Ojalá estos ejemplos sirvieran como escarmiento para la familia, principalmente para los jóvenes.

Antes, el diablo andaba suelto; ahora, está metido entre la gente porque todo el mundo anda viendo a ver cómo jode a los demás.

B.G.R.

Sexo femenino, 70 años

Esfuerzo inútil

En el solar de la casa de una familia muy conocida aquí en Juan Viñas, en el *palo* de naranja, salía una luz que se acercaba mucho a la casa

de nosotros por la pila. Un hermano mío, de los mayores, también la veía y estaba con la necedad de hablarle un día y de llevar con él a los hermanitos pequeños, para que no lo asombraran.

Una noche, nos llevó y le habló a la luz: “De parte de Dios todopoderoso, diga lo que quiere”. Pero le dio tal miedo que no esperó respuesta, salió corriendo y nos dejó solos; pero la luz se desvaneció porque el asunto no era con nosotros los chiquitos.

A galope tendido

Unas compañeritas y yo estábamos sentadas en las gradas de la Escuela esperando a mamá, cuando oímos que venía un caballo desbocado. Nos quedamos esperando para verlo, pero nunca pasó. Otra vez, estábamos una hermana y yo en una casa que está enfrente de la Escuela y también lo oímos, pero lo mismo: jamás pasó.

Lágrimas de mujer

Estábamos una cogedora y yo jovencillas cogiendo café por El Lara, cuando oímos unos gritos escalofriantes como a las doce del día. Era la Llorona que llora en el río La Maravilla.

Otras veces la oímos por una zanja llena de agua que va a dar al INVU, pegando unos alaridos horribles que llegaban hasta la casa de nosotros.

Nosotros le preguntábamos a papá y a mamá y ellos nos decían

que no nos asustáramos, porque era la Llorona.

Trauma juvenil

Ahí por donde llaman Los *paderones*, a un hermano mío que venía de Naranjo, de dejar una novia, le salió el hombre sin cabeza. Del susto, al día siguiente no pudo ni siquiera levantarse de la cama.

M.M.S.

Sexo masculino, 68 años

Acompañante raro

Tenía yo como veinte años, cuando en una ocasión sentí una carajada rara, como si alguien se hubiera montado en ancas y el caballo se puso medio asustado. Luego, sentí un frío horrible en la espalda y el caballillo, más asustado, caminó como cien metros más. De repente, dejé de sentir eso y el caballo se portó como de costumbre. Nunca supe qué fue.

Lluvia de piedras

Venía yo de La Victoria como a las once de la noche, cuando llegando al puente de Chis sentí un chorro de pedradas en la espalda; pero lo raro es que ninguna me pegó, solo las sentí caer alrededor mío. Eran las brujas que le salían a los que les gustaba parrandear.

Desorientado

Venía de donde una novia que tenía en San Juan, por un camino entre potreros como a las once de la noche, cuando me perdí en un camino que conocía perfectamente bien. No podía seguir porque estaba todo enredado.

Como a las cuatro de la mañana, porque ya estaba clareando, me di cuenta de que estaba parado al puro frente del cementerio, en un lugar completamente opuesto al que yo iba.

Aviso de muerte

El pollo de las ánimas era un pollote grande que una señora le había ofrecido a las ánimas del purgatorio. Ella se comió la mitad del pollo y la otra mitad anda en penas buscando a la que la señora se comió. El pollo no se ve, solo se oye el pío, pío.

Dicen que ese pollo se oye donde hay alguna persona que se va a morir pronto. Pocos días antes de morir, mi señora lo oyó y me dijo: "Ya viene por mí".

R.B.C.

Sexo masculino, 68 años

Mente perversa

En Juan Viñas, un señor tenía como quince días de casado, cuando una vecina le mandó una empanada.

Como la esposa no quiso comérsela quién sabe por qué, él se la comió.

Después, empezó a perder la vista poco a poco, hasta que a fin se quedó ciego para siempre por el maleficio que le echaron en lo que se comió.

Fin simultáneo

Me cuenta mi esposa que, a una señora de La Maravilla, le apareció un sapo vivo, guindando de la cerca de la casa. Ella empezó a enfermarse y no tuvo cura hasta que murió, un día como a las cinco de la tarde, y exactamente a la misma hora ese día, el sapo también murió.

Se oyó que alguien dijo: “Andá fijate a ver si ya se murió”, pero no se sabe si estaba hablando de la señora o del sapo.

Dicen que fue un maleficio que le echaron a la señora y que, por eso, los dos tenían que morir a la misma hora y el mismo día y de veras así fue.

S.R.C.

Sexo masculino, 68 años

Casi estrangulado

Cuando jovencillo, mi abuelo materno era muy malcriado con la mamá. Una vez, al principio de la noche, se fue al excusado de hueco que era muy oscuro. Cuando en la casa oyeron los gritos que daba, fueron a ver

qué era y lo encontraron como pegado del techo y no había manera de que pudiera bajarse. Las viejitas le tiraron agua bendita y rezaron y rezaron hasta que cayó al suelo. Se lo llevaron para adentro, le pasaron candela bendita, le dieron café y hasta un trago de contrabando para que *volviera*.

Cuando *volvió*, contó que el Mico Malo le había enrollado el rabo en el cuello y lo dejó pegado arriba en el cielo raso y no pudo llevárselo porque le estorbaba el techo de la letrina.

Mica loca

En La Maravilla, por la poza de La Mica, vivía una familia que los sábados formaba bailes con guitarra, acordeón, bandolina y violín. Reparían chicha y contrabando que tenían en barriles.

Eso sí, la gente tenía que ir a bailar en grupos de cuatro porque salía la famosa mica que los atacaba, les brincaba encima, hacía a morderlos y daba unos chillidos horribles.

Seguro por eso le decían así a ese lugar.

Cabalgadura distinta

Allá por 1952, Juan Viñas era un pueblo en el que asustaban muchísimo; era muy oscuro, había un bombillo en cada casa de la Hacienda y los farolillos de los postes eran chiquitillos y

daban una luz amarillenta. La oscuridad llamaba a los espantos.

El que trepaba la cuesta de la chancha tenía que ser muy valiente porque salía una chancha furiosa que se les venía encima y atajaba a los enamorados. Una vez, un muchacho le dio una paliza tan terrible, con una *cru-ceta* bendita, que la chancha le habló: “¡Ya no me pegués más. Soy (y le dio el nombre!” Era una vecina que vivía cerca de la cuesta y era bruja.

Hermosura ajena

Unos primos que vivían en casa de mamá y yo bebíamos guaro con otro muchacho que vivía por el puente de Chis. Por esas majaderías de borrachos, una noche nos fuimos a dejarlo hasta la casa. Lo entregamos a la mamá y, nosotros que caemos a la carretera, cuando dice uno: “Miren qué perro más lindo. Robémoslo”. De veras, era un perro grande muy bonito. Nos quitamos las fajas, las unimos con nudos y con eso lo amarramos del pescuezo y se vino con nosotros todo el camino.

Cuando llegamos a la casa, mamá nos abrió la puerta y le contamos que traíamos un perro muy lindo amarrado; pero ella no lo vio porque no traíamos nada. Como el perro no podía entrar a la casa porque era un espíritu, se zafó y se quedó parado afuera viéndonos. Nosotros teníamos en la mano

las fajas amarradas porque solo dejó el ancho del pescuezo.

Mamá lo reconoció que era el Cadejos y claro que ya no estábamos borrachos; del susto, se nos había bajado la juma.

Escalofríos

Trepando por donde Carpio, han oído como si pasaran un montón de bestias; pero es solo un caballo, que es una alma en pena. Se lo han topado por el puente de Chis. Una noche, venían unos amigos jumillos y se quedaron viéndolo cuando les pasó adelante. Al rato, se devolvió y pasó otra vez por donde ellos. Sintieron que, del susto, se les engrifaron todos los pelos.

Clamor de justicia

Yendo para Santa Marta por el camino nuevo, hace algunos años, mataron a una señora con dos hijas que andaban cogiendo café. Durante mucho tiempo, la gente caminaba por la carretera y oían gritos desesperados. Eran ellas pidiendo justicia.

Dicen que el asesino ahorita sale en libertad.

El acróbata

En el ingenio, el *plantero* y yo, que era guarda, nos poníamos de

acuerdo para que, a la una de la mañana, yo le tocaba el portón para irnos a dormir un rato cada uno, para cuidarnos mientras dormíamos. Una vez, él oyó unos chiflidos y creyó que era yo que iba a llamarlo. Abrió la puerta y vio al Mico Malo guindando en las cerchas del galerón.

Siempre se hablaba del Mico Malo; es como un mono grande, negro, con rabo como de un metro de largo. Ese animal se paseaba por los alambres y pegaba unos chiflidos tremendos, escalofriantes, como para asombrar a cualquiera. Todavía sale, pero mucho menos que antes.

Perfume halagador

Estaba yo cuidando en la caseta del ingenio, más o menos a las dos de la madrugada, cuando volví a ver para arriba y vi una mujer muy linda; pero desconocida, que llegó hasta el portón y se quedó viendo para adentro. Me empezó a llegar un aroma a perfume de los más halagadores. La muchacha seguía paseándose en el portón. Al rato, se fue por el lado de la oficina vieja y se devolvió para arriba. Yo seguía preguntándome quién sería.

En eso, llegó el policía de la noche y nos pusimos a hablar de la mujer; él me dijo que era la Cegua, que se lo había topado y él había salido en carrera para abajo a ver cómo estaba yo.

La Cegua aparecía por todo lado. A los policías nos tocaba cuidar el pueblo cada semana en la noche. Un vecino que vivía frente al parque, salió una noche a coger aire porque padecía de alta presión. Cuando me vio en el parque haciendo la ronda, me dijo: “Si ve una muchacha muy bonita pasando por aquí, no se le arrime porque es la Cegua”.

Sin descanso

Hubieron peones que vieron, en el beneficio, a un administrador de la Hacienda Juan Viñas después de muerto. Habían unas gradas y allí lo veían sentado. También salía por los silos. Por supuesto, nadie iba solo por ahí.

Dicen que también lo veían en el ingenio.

Dama encubierta

Cuando vivíamos en Buenos Aires, a las doce de la noche que yo iba para la casa después del trabajo, me salía una viejilla chiquitilla, como de un metro de altura, con vestido negro y una *toalla* negra en la cabeza, que apenas le dejaba que se le viera la carilla. Aparecía en el cruce de San Martín y seguía para abajo buscando para Juan Viñas.

Peinado conveniente

Yo trabajé cuidando una caballeriza de la Hacienda. Una noche, como entre la una y las dos de la madrugada, oí un bullón como cuando uno asusta a las bestias que dan unos resoplidos fuertes y parecían estar muy bravas. Me dio miedo y en ese momento no salí.

Otro día, le conté al jefe lo que había escuchado; nos fuimos a las cuerdas y cuando vio las bestias, me dijo: “Anoche vinieron las brujas; vea que la crin les amaneció con trenzas”. Por supuesto, nadie las había peinado así; las brujas se las hacen para ponerse a jugar y darle mala vida a la gente.

Carcajadas y lamentos

Cuando uno trabaja de noche, todo lo oye porque todo está callado. Estaba yo cuidando el pueblo ahí por donde Chale, cuando oigo, como en el cielo, unas carcajadas horribles. Volví a ver para arriba, pero no había nada.

También se oían quejidos como de lástima, ayes profundos.

Fuga perfecta

La Municipalidad nos pagaba a los policías un colón por cada animal suelto que encerráramos. Un día, nos vamos un compañero y yo para la Escuela, para agarrar vacas y caballos

que se metían ahí y nos encontramos un caballo tan blanco, tan blanco que, inmediatamente, echamos de ver que era algo raro. Cuando nos arrimamos, salió huyendo, se tiró por encima del muro y cayó abajo. Nosotros pensamos que se había quebrado todo; pero, cuando nos asomamos, lo vimos que estaba parado abajo, no le había pasado nada.

No pudimos tirarle el mecate. Entonces, el caballo empezó a caminar con un andadito muy fino y así nos llevó hasta donde empieza el desvío. Ahí había un portillo cerrado que nadie podía pasar sin abrirlo; pero él sí lo pasó y siguió caminando tranquilamente.

Nosotros solo nos quedamos viendo aquello sin decir nada.

Ruegos póstumos

En 1958, los policías pasábamos por todos los negocios avisando que ya eran las diez de la noche, para que cerraran. A las once, el pueblo quedaba solo con la policía.

Una noche, yo estaba de guardia como a las doce pasaditas, arrecostado en la baranda de una casa que estaba casi al frente de la iglesia, cuando oí trepando por las gradas un montón de gente rezando y buscando como entrar a la iglesia.

No vi *bultos* ni nada; son las ánimas que vienen a rezar.



Templo parroquial en 1904

Noches misteriosas

Del parque salía un trillo que iba a dar casi al ingenio. Una noche de luna lindísima, estaba yo de guarda cuidando el pueblo como a las dos de la mañana. En una cantina cerca, los perros de cacería aullaban horrible y se quedaban viendo para la entrada del trillo. Yo les hablé para que se callaran y, cuando volví un poquito la nuca para ver hacia donde veían ellos, voy viendo, parado sobre una cerquita débil de alambre, un hombre oscuro, grueso, tan alto tan alto que supe que no podía existir. Inmediatamente, me

sentí como si estuviera borracho. Salí corriendo y al frente de la Jefatura, otra vez el cuerpo se me descompuso.

Bajé llamando a todos los santos del cielo. Toqué la puerta de la panadería y vieron que yo estaba blanco, blanco. Les conté lo que había visto y me dieron un café que estaba hirviendo, pero no lo sentí que me quemara. Ahí me fui componiendo del susto.

Un compañero muy rajón dijo que él iba a agarrar al hombre gigantesco. Una noche, subió al parque como a la medianoche y ahí se quedó esperando, cuando vio un pájaro negro, grande, voleteando las alas, que pasó por

encima de él y le botó el quepis; él lo juntó, se lo puso y el pájaro se lo volvió a quitar; otra vez lo junta y se lo pone y la misma cosa. Mejor se fue en carrera para la Jefatura; seguro se le olvidó que iba a agarrar el espanto.

El sargento

Cuando yo trabajaba en la policía, tenía un compañero que lo habían nombrado sargento. Una vez que estuve de vacaciones, se pegó un tiro en el cielo de la boca, parece que por mal de amores.

En la oficina donde guardábamos lo que le quitábamos a los ebrios, estaba yo una noche entregándole las cosas a un señor que salía libre, que me preguntó si era cierto que en ese lugar se había matado el sargento. Yo le dije que sí y le enseñé la pared manchada de sangre, porque parece que el compañero batalló mucho para morir. Estábamos en esas, cuando se nos apagó la luz.

Salimos a tientas afuera y todo el pueblo tenía luz, volví a ver para atrás y el bombillo estaba *prendido*. Entonces, le pregunté al otro guarda si se había ido la luz y me contestó que no.

Yo pensé que seguro el compañero muerto no quería que siguiéramos hablando de él.

Dicen que siempre se oían ruidos en el edificio antiguo de la Municipalidad.

B.M.R.

Sexo masculino, 68 años

Tamaña cinchoneada

Mi abuelo materno tenía una novia no recuerdo dónde. Para ir a verla, tenía que pasar un río y, cuando a ella le daba la gana, lo crecía para no dejarlo pasar porque era bruja, pero él no sabía. Otra vez, encontró en el camino un ataúd, con las cuatro candelas encendidas y lo agarró a *cinchazos*. Al día siguiente, amaneció la novia toda acardenalada, en cama porque no se pudo parar.

Entonces, mi abuelo vio que ella era bruja y la dejó después de darle tamaña vergueada.

Mano a mano

Estaba yo muy carajillo cuando, una noche, venía de Tucurrique con mi tata y él me montó encima del saco de pejibaye que traíamos. De pronto, la yegua empezó a echarse para atrás como brava; él se fijó y alumbró el camino con fósforos y un cabito de candela, pero no había nada.

Seguimos caminando; pero, al ratito, vimos un animal negro, negro, grande que venía como a toparnos. Papá sacó el cuchillo, el animal nos pasó a la par, nos dio la vuelta y, como no nos hizo nada, papá tampoco. Y no lo vimos más.

Benditas medallas

Un sábado santo, tenía yo como catorce o quince años, me invitaron a *montiar*. Yo no quería ir porque es malo hacer eso en días santos; pero siempre me fui, como a las siete de la noche, con un hermano mío de doce o trece años y un señor mayor. Llevábamos una carbura, un *foco* y una lámpara de canfín. Arribita del *poró*, decidí que mejor agarraba para la casa.

En el camino del trapiche, oímos un ruido como de gente hablando, que llegó cerquita de nosotros y nos dijeron: “Agradezcan por lo que llevan”. En ese mismo momento, la carbura se estalló, el *foco* y la lámpara se apagaron. Yo le daba y le daba a la chispa de la carbura, pero nunca encendió. Nos asustamos tanto que nos fuimos a dar la vuelta por la carretera. Cuando llegamos a la casa, todo volvió a encender.

Yo creo que lo que nos salvó fue que mi hermano llevaba un puño de medallas benditas amarradas con una “medida”, que eran unas cintitas benditas que repartían en la iglesia en la Semana Santa. Si no, quién sabe qué nos hubiera pasado.

Desorden doméstico

Cuando yo tenía como dieciséis o diecisiete años, era muy tequioso y andariego y dormía en un cuarto cerca de la cocina. Se oía en las noches el

estruendo de que todo se caiba, los trastes de la cocina todos rodando por el suelo. Yo me asomaba por una hendidura, pero no había nada caído.

Dicen que eran las brujas.

Problema de botas

De joven, joven, yo vivía en el cafetal después de la pista, donde llamaban la poza de La Mica. Yo tenía una novia por allí, por donde quedó la entrada de la pista. Una noche, temprano, como entre las ocho y las nueve, venía de donde ella, cuando vi un señor que medía como metro y medio de alto y estaba agachado, como amarrándose las botas. Le dije adiós, pero no me contestó.

Yo le pregunté a mamá si alguien había estado ahí, pero me dijo que no.

Sonidos siniestros

Yo tenía una novia en Pacayas y una noche, cuando bajaba para Juan Viñas, me asustaron en un potrero: oí un chiflido, un silbido que se me quedó clavado en la cabeza. Al oír los chiflidos, la bestia se asustó, porque las bestias saben cosas mejor que uno.

Mejor me vine ligerítico, aventado porque, aunque habían unos carajos que les gustaba asustar a las personas cuando venían solas, yo sentí que eso no era cosa de gente corriente.

Novio animoso

Otra vez, tenía una novia más arriba de aquí, de La Maravilla. Estábamos en la casa de ella en un corredor al frente de un potrero, cuando comenzamos a ver luces como de tres en tres, o de dos en dos, o una sola. Eran luces muy claritas, como muy elegantes. Entonces, yo le hablé a una grande: “Si es oro, conmigo; si es promesa, con otro”. Entonces, se desprendió la luz, que era un pelotón enorme, y se vino para donde nosotros, creímos que nos iba a caer encima. Nos metimos asustadíticos a la casa y no volvimos a salir en muchísimo rato.

La gente dice que esa luz sale llegando a San Martín, porque debe haber oro. No se puede escarbar porque lo agarran a uno.

Ni rastro

Yo trabajaba con un tío. Una vez, no se por qué, nos fuimos como a las once de la noche a machetear en caña. Como era muy temprano, cuando llegamos al *corte* no pudimos empezar a trabajar porque estaba muy oscuro. Nos arrecostamos en una cepa del cañal, cuando oímos un tropel de bueyes que venían exactamente para donde nosotros, casi creímos que nos iban a majar.

Nos quedamos queditos ahí y después salimos porque, según nosotros, los habíamos espantado; pero fue

solo el ruido porque no habían bueyes y no quedaron huellas, ni boñigas ni caña quebrada.

Lavandera valiente

Nos fuimos varios compañeros joventones a *montiar* ahí por Naranjito como a las doce de la noche. Yo me quedé atrás porque me dejaron perdido, cuando vi que se devolvieron en pura carrera y pararon en el puente de Naranjito. Cuando pudieron hablar, me contaron que, en el charral, vieron a una viejita lavando ropa y alumbrándose con una candela; vieron perfectamente cómo revoleaba y revoleaba la ropa.

Por supuesto, ahí terminó la cacería.

Partido cancelado

Mi mamá vivía aquí, en La Maravilla. Una noche, unos sobrinos míos querían pasar el catre para la galera de la casa de ella para ver un partido; pero, la Llorona bajó por esos zanjones y ellos salieron huyendo despavoridos.

La corredora

Aquí en La Maravilla, de vez en cuando, en la noche sale una señora que corre por las *ceras*. Es una viejita que está vestida de negro, como de luto, toda cobijadita; por eso, no se le ve la cara.

Tiempo de juegos

A veces, al lado atrás de estos canales, se ve una chiquita jugando sola a las doce de la noche o la una de la madrugada. Es una chiquita blanquita, como de cinco o seis años, vestida de blanco. Algunas veces creían que era de algún vecino, pero nadie va a dejar a una chiquita jugando sola a esas horas.

Temor válido

A medianoche, por aquí pasa en carrera un caballo que la gente dice que es blanco. Yo oigo los trotes; pero no salgo a verlo porque me pueden asombrar.

Sujeto no identificado

Una vecina mía, que venía en el bus de las once de la noche, vio en el camino para la casa, aquí en La Maravilla, un hombre blanco que, a ratos, se quedaba parado; otras veces caminaba para arriba y para abajo. Se meneaba para todo lado. Por dicha, el esposo había salido para acompañarla todo el pedazo de camino.

Los dos se metieron asustadísimos a la casa y dejaron al viejo ahí y nunca supieron quién era.

Condena eterna

Por aquí sonaba una carreta de las que llaman “de tubo”, son unas que

suenan más duro que las de hule; se oye, pero no se ve. Papá decía que era que alguien había hecho una promesa de mandar una carretada de leña a la iglesia y no lo hizo y, como castigo, quedó la carreta caminando siempre.

Susurros al oído

Ahí por El diez, lo llaman a uno por el nombre. En el guayabal, a un compañero que iba a traer un buey, le dijeron bajito el nombre, en la pura oreja. Llegó donde nosotros casi muerto de miedo.

Devotos trasnochadores

Como entre once y doce de la noche, dicen que un grupo de monjes, vestidos de blanco, se meten a la iglesia a rezar.

Negocio redondo

Dicen que si uno va a la iglesia con una gallina y se la vende al Cachudo, con la plata que él le da, uno se vuelve rico porque, aunque sea poquita, se la multiplica. El problema es que cuando uno se muere, él se lo lleva.

Mago con el hacha

El hachero comienza a picar palos a deshoras de la noche. Dicen que ofreció una promesa de llevar leña

en gajos a la iglesia y no la cumplió. En El Lara, se oían los hachazos; la gente iba al día siguiente a fijarse y era solo el espanto del ruido porque no encontraban nada cortado y todos los árboles estaban en su lugar.

El “hermano”

En Naranjito, donde ahora está el caserío, un señor empezó a ver que siempre, a la hora que comía, una luz se quedaba pegada en una mata de azul. Una vez, pensó que podía tratarse de plata y decidió que le iba a hablar. Se fue a la pulpería de la esquina, aquí en La Maravilla, que es viejísima, y se compró media botella de guaro.

El señor se fue para la casa, se metió la cuarta, se puso a comer y ahí estaba la luz como siempre. Entonces, le dijo: “Si es oro, conmigo; si es promesa con otro”. Se hizo entonces el cuerpo del “hermano” y le pidió que lo sacara de penas. Le dijo que, en cierto lugar, había una tinaja llena de oro y que tenía que sacarla; pero con cuidado de que no la quebrara. De veras la encontró; pero de la emoción, se le cayó, se quebró y se le fue el oro.

Ligeritico, el señor se fue poniendo pálido, pálido hasta que se murió como a los tres meses. Es que dicen que si uno le habla a la luz y se forma el “hermano”, *se palma* uno rápido.

Cuatro asustados

Una noche, venía con la mujer de una vela. Después de pasar el trapiche, las bestias asustadíticas, venían una a la par de la otra. De repente, los dos vimos un señor altísimo y blanco, blanco. Las bestias estaban en un puro temblor. Lo cierto es que en un momentito ya estábamos en la casa porque, del susto, corrimos como desesperados.

Crimen impune

Hace más o menos cuarenta años, yo tenía un chiquito de tres meses, muy bonito, todo macuquito. De viaje se veía que iba a ser grandote. Una vez, llegué de Pacayas como a la medianoche, desensillé el caballo, lo metí, le pedí a la doña aguadulce, me la tomé y me acosté. A la una de la mañana, el chiquito estaba muerto. Tenía rompido por los ojos; en la boquita, como cuatro puntadas, dos arriba y dos abajo, la nuquita toda llena de cardenales.

Encima de la cama de nosotros, había una varilla donde mi esposa colgaba los vestidos, que amanecieron todos pringados de sangre.

Yo siempre dije que fueron las brujas. Consultamos a una persona de esas que saben y nos dijo que había sido una culebra la que mató al chiquito. Seguro fue una bruja convertida en culebra porque ellas se hacen como les da la gana.

A la doña mía le aconsejaron que pusiera palma bendita, mostaza y ruda por toda la casa, que usáramos la ropa al revés y que tuviera siempre un vaso de agua con unas tijeras abiertas adentro.

En Naranjito, a una vecina mía, las brujas también mataron un chiquito que amaneció como el mío: rompido y acardenalado.

Letrina horrenda

Un yerno mío estaba en la letrina y no lo dejaba salir un esqueleto. Ese carajo llegó a esta casa casi muriéndose del susto.

M.R.P.

Sexo masculino, 67 años

Encuentro seductor

Yo tenía quince años cuando una noche, como a la una y media de la madrugada, venía a pie de La Mica para el centro cuando, en medio de dos cafetales, en la calle que está a un lado del ingenio, vi una muchacha muy linda, vestida de blanco, sentadita a la orilla del camino. Por supuesto, me acerqué y comencé a hablarle; pero ella no me contestaba ni me volvía a ver. Yo seguía echándole el cuento y, en una de esas, me volvió a ver y tenía la cara espantosa como de una yegua,

con los dientes grandotes y pelados. Ahí no más eché a correr porque yo creía que venía atrás mío.

Fue tal la carrera que me brinqué un portón altillo que había a la salida de la calle y siempre estaba cerrado y no paré hasta que llegué a la casa. Boté la puerta y papá se puso tan furioso que me agarró a *cinchazo* limpio. Después de eso, no volví a andar en nada y me pasaba solo del trabajo a la casa.

Viejita oficiosa

Iba yo llegando a la casa del trabajo, como a las diez de la noche que era la hora de salida, cuando vi en el patio, debajo de una barbacoa de chayote muy alta (perfectamente cabía una persona parada), una viejita igualita a mamá, morena, bajita, delgadita, con el vestido a media pierna, que estaba cogiendo chayotes a esas horas. Yo le pregunté: “Mamá, ¿que está haciendo ahí?”; pero no me contestó ni me dio la cara.

Yo entré a la casa por el patio y vi a mamá sentada en la cocina esperándome. Le conté lo que había visto y me dijo que eran visiones. Lo raro es que nadie puede estar en dos lugares a la vez.

Nunca supe quién era esa viejita y solo esa vez la vi porque ni a patadas volví a salir al patio en la noche y jamás pasaba viendo para la mata de chayote.

Figura etérea

Nosotros vivíamos en la calle que pasa enfrente de la antigua Clínica del Seguro y va hacia la Escuela. Yo salía del trabajo a las diez de la noche y, una vez, ya iba para la casa, cuando vi una figura vestida de blanco, como que no se le veían los bordes. Venía bajando las gradas de la Escuela; pero sin caminar, venía flotando en el aire. Al llegar al portón, se elevó, le pasó por encima y siguió en el aire en la misma dirección hacia donde yo iba. Yo no quería topármela para nada; por eso, salí corriendo espantado y, al llegar a la casa, otra vez boté la puerta porque estaba tan asustado que no me podía esperar a que la abrieran.

Papá se puso furioso otra vez porque no sabía por qué yo llegaba tan tarde a la casa. Creo que esa vez, mamá le contó que yo estaba trabajando y salía a las diez de la noche. Así se tranquilizó papá porque supo que yo no quería salir a trabajar al campo, pero no estaba de vago porque trabajaba en otra cosa.

Por dicha, solo esa vez vi esa figura tan rara.

A.F.G.

Sexo femenino, 67 años

“Contras” efectivas

Me contaba mi mamá que cuando yo estaba pequeña, la molestaban

mucho las brujas y no la dejaban vivir en paz: le botaban los trastes de la cocina, le socolloneaban la casa como temblando, le pegaban gritos y le rastrellaban las uñas por las paredes de afuera. Otro día, mamá salía a ver qué había y todo estaba en su lugar.

Entonces mis abuelitos le ayudaron a quitarle ese tormento. Fueron donde una persona que entendía mucho de eso y le dieron la “contra” que era poner una escoba al revés y una taza de agua bendita con sal en cada esquina de la casa. De veras, mamá lo hizo.

Cuando llegaban a molestar, las brujas se encontraban con la “contra” en una esquina, se pasaban a otra esquina y lo mismo, así en todas las esquinas; no podían pasar porque las “contras” no las dejaban. También pusieron una en el centro de la casa, al puro frente de la puerta de entrada porque a veces se la querían botar. Así se fueron alejando hasta que no volvieron y la dejaron vivir en paz.

Doloroso retorno

También me contaba mamá que las brujas malas, malas que de veras tienen contacto con las tinieblas, se quitan el cuero cuando salen a hacer sus fechorías.

El esposo de una bruja la descubrió porque dejaba el cuero guindando detrás de la puerta, entonces él lo agarró y lo embarró bien de sal. Cuando

ella llegó y se puso la piel, fueron unos gritos horribles los que dio porque le escoció muchísimo porque estaba en carne viva.

Ignorancia

Un tío nos contaba que siempre lo acompañaba un perro en las noches y él oía que arrastraba cadenas, pero no las vio nunca. Le tiraba piedras para que se fuera, pero nada que se iba. Era un perro grande, negro, con los ojos rojos como fuego.

Él nunca nos dijo que era el Cadejos; yo creo que no sabía qué era ese espanto.

Jinetes diestras

Mamá contaba que, en la plaza de El Callejón, en las noches se oían correteando las bestias y pegando unos relinchos tremendos. Al día siguiente, cuando iban a recoger los caballos para llevarlos a trabajar, los encontraban bien cansados y con las crines hechas nudos.

Era que, en las noches, las brujas los jineteaban y, como se montaban en pelo, les hacían gazas o nudos en la crin para agarrarse de ahí y sostenerse para no caerse.

C.L.C.S.

Sexo femenino, 67 años

La chancha de la cuesta

Un muchacho de Juan Viñas estaba despartado de la esposa porque a él le encantaba salir en las noches a beber guaro y a *perrear* y, por eso, ella le alzaba diario el pleito. Casi siempre, cuando él ajaba una de las cuestas para ir al centro, le salía una chancha que lo mordía, se le atravesaba en las patas y lo quería botar.

Un día, el muchacho, que ya estaba muy *bravo*, decidió darle una *tunda* a la condenada chancha. Cuando se le apareció, la agarró a golpes con la parte sin filo del machete y, en una de tantas, le dio tan duro que le *apió* una oreja y, por supuesto, la chancha se fue gritando.

Pasaron unos días y la gente comentaba que la esposa del muchacho andaba todita moreteada, que por eso no había vuelto a salir y que, cuando salía, se amarraba bien la cabeza con un pañuelo grande.

Cuando el marido se enteró de eso, le dijo a todo el mundo que su esposa, que era bruja, era la chancha que él había apaleado y que la prueba era que salía con la cabeza envuelta

porque le faltaba una oreja, porque él se la había apiado con el machete.

Desde ese entonces, el muchacho podía pasar por la cuesta sin ningún miedo porque la chancha no le volvió a salir. Por eso, a ese lugar le dicen “la cuesta de la chancha”.

Esto me lo contaba mi suegra que murió muy viejita; por eso, es un cuento viejísimo.

M.C.C.

Sexo masculino, 66 años

Encanto musical

Estaba yo como a las doce del día sentado en el corredor aquí en Juan Viñas, cuando oí dos trompetacillos de la corneta de un nieto mío que toca en la Banda. Yo me asomé a la sala y nadie estaba; vi la corneta en la esquina donde él siempre la deja.

Dicen que muchos instrumentos suenan porque los han tocado gente que ya está muerta y queda como un encanto ahí.

Mal carácter

En Tucurrique, me contaron que uno va caminando y se le presenta un bultillo blanco, como un perrito que parece muy mansito; pero si lo molestan, se hace un animal grandísimo. Se llama Copito.

Un buen curandero

Un cuñado mío, joven, comenzó a padecer de una pierna: se le ponía morada, morada y se puso tan mal que ya se la iban a cortar. Un hermano lo sacó del hospital antes de que lo operaran. La familia lo llevó donde un curandero en Grecia que lo vio y le dijo: “A usted le hicieron el mal con una media, una vecina suya. Piense quién puede ser, pero no se vengue de ella. De camino a su casa, usted se va a descomponer”. Y de veras, se descompuso.

La señora le dio unos remedios y, al mes, ya estaba bueno, bueno de la pierna.

Contratos de por vida

Un señor decía que hacía contratos con el diablo para hacer zanjones en la Bananera. Cuando no había plata, agarraba un papel y hacía un billete; endespués, el billete se hacía una hoja de árbol o de mata. Lo malo es que nunca podía recibir vuelto; por eso, el billete tenía que ser por la plata exacta.

El carambas que tiene un contrato con el diablo, cuando se le cumple, tiene que dárselo a otro para quedar limpio. Si no, tiene que seguirle cumpliendo y el diablo se lo lleva. Por eso, hay que pasárselo a otro.

C.L.Q.R. Huella sangrienta*Sexo masculino, 66 años***Güila trasnochador**

Contaba papá que una vez, cuando salió del ingenio a las doce de la noche junto con un primo y otros compañeros, vieron sentado en la base de un poste de luz, un chiquito como de cuatro o cinco años, con vestido blanco, largo. Cada vez que ellos se le acercaban, el chiquito se alejaba como para no dejarse alcanzar; así llegó hasta el cementerio y ahí se desapareció.

Burra infiel

La esposa de un amigo de papá siempre le mandaba la *burra* al ingenio como a las nueve de la mañana. Una mañana, pasadas las nueve, le llevaron la *burra* que le mandaba la amante, que él casi la había dejado. Como ya se había comido la que le mandó la esposa, dejó la otra para comérsela en el almuerzo. Se pegó un susto enorme cuando, a la hora de almuerzo, desenvolvió el paquete de la amante y vio que no había ninguna *burra*, solo una pelota de puros gusanos vivos, que caminaban por toda la hoja de plátano.

El señor se dio cuenta que la amante quería hacerle un maleficio metiéndole los gusanos en el estómago y le agarró tanto miedo que la dejó para siempre.

De chiquillos, vivíamos frente a la plaza vieja y teníamos un vecino como de veinte años, que vivía con los papás. Él pasaba muy atemorizado porque oía ruidos extraños como que tiraban piedras y monedas a la casa.

La gente decía que eran brujas porque los que sabían de eso, llegaban y punzaban con las *crucetas* el cielo raso y caían gotas de sangre. Eso duró mucho tiempo, pero nunca lograron agarrar ninguna bruja.

Seres insólitos

Un amigo mío cuenta que ahí por el camino que va al Alto de la Lora (hoy le dicen San Martín) cuando ellos tenían como ocho o nueve años, venían al pueblo a hacer mandados y al regreso, cuando pasaban por los tanques, veían unos animalitos como perrillos, pero con cara de chiquitos, que les tapaban el camino para no dejarlos pasar. Ellos salían *escopetados* para la casa y del susto agarraban la puerta a patadas para abrirla.

Ahí asustaban a toda hora, siempre se ven luces. La gente dice que ahí hay un entierro tal vez de indios.

Tacones de ultratumba

Estábamos una noche en la dirección de la Escuela (Cecilio Lindo) en reunión de Patronato, cuando oímos

unos pasos como con tacones altos que venían hacia la dirección. Nosotros creímos que era la directora que venía porque se le había olvidado algo. El ruido de los tacones llegó hasta la puerta de la dirección; pero, cuando la abrimos, no era nadie. Con los pelos de punta por el miedo, agarramos los *chunches* y salimos en carrera.

Nos asustamos mucho porque sabíamos que en la Escuela ronda el fantasma de una mujer. Parece que era una maestra muy bonita, que vino a trabajar aquí y se enamoró del director, que era un hombre bien parecido y ya estaba casado. En las vacaciones de fin de año, ella se fue para la casa y nunca regresó.

Se cree que la muchacha murió y que aparece el fantasma de ella por los corredores. Seguro lo que nosotros oímos fueron los tacones de ella. Nunca más volvimos a reunirnos ahí, menos en la noche.

Otras personas han visto una figura de mujer vestida de negro bajando y subiendo las gradas de la Escuela y por las calles cercanas.

Algo maligno

Una señora iba con su chiquilla de doce años un sábado como a las seis de la tarde, a visitar a la mamá que vive en San Martín, más arribita de los tanques. De pronto, asustadísima, le dijo a la hija que seguro las iban a

asaltar porque distinguieron un *bulto* como de un hombre; pero, cuando se quedaron viéndolo, se dieron cuenta de que no tenía cabeza ni pies y venía flotando por el aire a topárselas. La señora, espantada, comenzó a rezar el rosario y lo que vieron era algo maligno porque se fue alejando y desapareció en un cañal.

La señora llegó a la casa de la mamá con la lengua arrollada y se desmayó. Tuvieron que quedarse para que le dieran espíritu de azahar y se fueron al otro día para la casa. Y a pie, nunca más volvió a ir a ver a la mamá.

M.H.S.

Sexo masculino, 64 años

Desconocidas

Mi abuelo paterno era *contrabandista*. Sacaba el guaro en La Maravilla y bien tarde en la noche, venía a dejarlo a Juan Viñas en garrafas metidas entre un saco, para distribuirlo en la casa. Siempre nos contaba que, dos o tres veces, vio, en el atrio de la iglesia vieja, un grupo de monjas que no conocía.

Un señor que era policía también las veía cuando pasaba por ahí haciendo las rondas.

Lo raro es que las monjas nunca andan en la calle a esas horas de la noche y menos en aquellos tiempos.

Chiquito callejero

Venía yo de un turno en Naranjo como a las dos de la mañana porque me quedé bailando. Iba para el beneficio en bicicleta, cuando me topé con un güilita como de unos cuatro años, vestido con ropita oscura. Yo me arrinconé cuando le pasé a la par porque me puse a pensar qué estaba haciendo un chiquito solo a esas horas y, como me agarró cierto miedillo, ni siquiera volví a ver para atrás. Por eso, no supe qué se hizo.

Alta velocidad

Yo vivía en un cuarto por la calle de la gusanera y siempre la doña y yo oíamos la carreta sin bueyes que pasaba entre la una y las dos de la mañana. Nosotros salíamos porque queríamos verla, pero nunca había nada, solo el ruido donde iba bien largo.

Carmela desvelada

Yo siempre andaba en bicicleta. Una noche, venía del beneficio de *chancar* café, trepé a pie por la Jefatura (que estaba al puro frente de la iglesia) y, desde ahí vi, en el portón de donde Mingo, una señora vestida de hábito, *parada* frente a la casa. Cuando venía por la soda ya en bicicleta, volví a ver para allá y no vi nada. Seguí y, cuando emboqué por donde Carmen Mazza, vi a la señora *parada*

como a los doscientos metros, como por donde están ahora las gradas del INVU. Lo raro es que en un instante había llegado ahí.

Yo me metí en carrera a la casa, tan asustado que hasta la bicicleta dejé tirada afuera. Por dicha, no robaban en ese entonces.

Hasta hoy, siempre la recuerdo y no se si era la Virgen del Carmen o un ánima en pena.

Tres entierros

Una tía política mía vivía en La Maravilla, después del puente, donde está ahora la pulpería Santa Marta, en una casa a la orilla de la carretera. Ella era costurera y acostumbraba coser hasta muy tarde en la madrugada.

Siempre nos contaba que, en tres ocasiones, oyó una bulla como de personas rezando, corrió las cortinas y vio un entierro que iba subiendo para el cementerio y la gente que llevaba velas encendidas.

B.P.M.

Sexo femenino, 64 años

Terrible mudanza

Mi hija me cuenta que, en la casa para donde ella y su familia se pasaron a vivir en Santa Cecilia, era más grande y cómoda que la que tenían en Cuba; por eso, ella estaba toda

ilusionada porque sí le cabían los muebles y pensaba arreglarla bien bonita. Pero, no pudieron vivir tranquilos mucho tiempo.

Muy recién pasados, empezó a perderseles la ropa interior y, al nieto pequeño, se le desaparecieron un par de zapatos nuevos que había dejado a la par de la cama. Se los quitó en la noche y, al día siguiente, ya no estaban.

Otra vez, oyeron como un traste-río en el suelo y cuando se asomaron, solo encontraron un jarro amarillo, que le habían regalado a mi hija, bien paradito en el centro de la galera y ella lo tenía cerca del tubo de la cocina. Nadie sabe cómo llegó ahí. Del susto, mejor lo botó.

Tenía el nietito menor mío como nueve meses y cuando mi hija se arri-maba a la cama a cambiarle el pañal, salía, de debajo de la cama, un viento helado, helado, como de hendija de refrigeradora, y se extendía alrededor de la cama. Ella sentía que se le para-ban los pelos del susto; pero no podía hacer nada.

Después de la fiesta de cumplea-ños del nieto pequeño, se quedaron unos amiguitos jugando y haciendo bulla. De repente, los asustaron callán-dolos, como cuando se espanta a las gallinas.

A veces, estaban viendo televi-sión y les apagaban el televisor o, si estaban oyendo algo, trepaban altísi-mo el equipo de sonido o lo bajaban

casi hasta apagarlo. Los bombillos se apagaban y se encendían solos, pero estaban buenos.

Todos los días y las noches oían ruidos. La puerta de la calle se abría, el móvil sonaba y la puerta se cerraba; pero, cuando ellos iban a ver, no había pasado nada, estaba cerrada como la habían dejado. También oían pasos (aunque el piso es de cemento); no ven nada, pero sienten ahí una presencia rara.

El nieto mayor mío cuenta que sentía pasos llegar hasta él en su cuar-to, como si algo de cuatro patas se estuviera acercando y rastrillaba las uñas como si tuviera garras. Una noche se despertó porque no podía respirar; sentía como si le hubieran puesto una bolsa plástica en la cara, que le quitaba el aire. Al día siguiente, apareció con aruños en el cuello, como si hubieran querido asfixiarlo, y le escocían con el agua y el jabón.

Una noche, como a las siete y media, mi nieto el mayor vio, en la galera, atrás de la cortina, una sombra *parada* como de un hombre tan gran-de que pasaba de la cortina y pegaba al techo, que le hizo como un bufido. El muchachito salió corriendo dispara-do para el cuarto y la mamá tuvo que frotarlo porque llegó descompuesto. Otra vez la vio en el cuarto y se hacía para un lado y para otro, como si fuera la gigante. También, en otra ocasión, vio que la sombra estaba como escondiéndose, porque desaparecía cada vez

que él la volvía a ver mientras estaba echándole comida a los pájaros.

Era tal el miedo que todos iban al servicio a la misma vez, hacían fila mientras uno estaba adentro hasta que saliera; también, todos dormían en un solo cuarto, ninguno quería dormir en su cuarto porque sentían que les *jalan* las cobijas. Además, dormían con la ropa al revés porque les dijeron que eso alejaba a las brujas.

Por si acaso era cierto que eran brujas, mi hija puso cabezas de ajo guindando por todas partes, colgaba salvia y ponía platos con cruces de *achote* con sal por todo lado. También, rociaba la casa con montones de agua bendita siempre que podía. Pero siempre vivían atemorizados porque en cualquier momento, los espantaban.

Otra noche, estaba mi hija recostándose apenas cuando oyó que la mesa de noche la abrieron y la cerraron; pero, todo lo hacían tirado, con una gran violencia. Era una mesa muy pesada y sonaba como si la empujaban y, cuando llegó a ver, estaba en el mismo lugar de siempre.

Una noche, como a las doce y media, estaba mi hija acostada cuando, en sus propios oídos, le sonaron durísimo una matraca de las que tenían los chiquitos para jugar. Ella se enderezó rapidísimo y el sonido de la matraca seguía oyéndose por la acera hasta que se desapareció afuera.

Mi yerno vio algo como la forma de un gato negro sobre el trastero,

donde estaba el juego de café, y cuando él lo vio, se tiró, como en cámara lenta, hasta la pila y desapareció sin hacer ningún ruido. Era solo como para que lo vieran.

Estaba mi yerno recostado solo en la casa una tarde, cuando vio la misma sombra en los pies de la cama, que se quedaba mirándolo con la cabeza de medio lado. Cuando se enderezó para levantarse, se desapareció.

Un día, venía mi hija de la calle con los chiquitos cuando oyó el gran chorro de la ducha; ella creyó que el esposo se estaba bañando. Entró, abrió la puerta de la galera y todavía seguía oyendo el chorro del agua; entonces llamó al marido e inmediatamente el chorro se cerró; por eso, creyó que ya él iba a salir. Como no le contestó y tampoco salía, ella se fue caminando hasta el baño, abrió la puerta y se asustó cuando vio el baño seco, la cortina apartada como ella la había dejado, la puerta cerrada y el bombillo apagado. Cuando regresó a la galera muy extrañada, el esposo iba entrando todo lleno de tierra porque venía de trabajar y eran como las cinco y media de la tarde.

Mi hija y su familia sufrieron todo esto más de tres años. Ahora, gracias a Dios y a la Virgen, siempre oyen cosillas; pero ya son menos y, por lo general, ellos se dan cuenta de qué es y pueden vivir un poquito más tranquilos.

Detrás de las cortinas

El hermano de un yerno mío vive al frente de la Escuela. Dice que, a veces, ellos se asoman en la noche por la ventana y ven que descorren las cortinas de algunas aulas. Lo raro es que a esas horas, la Escuela está cerrada y no hay nadie.

También dicen que, en el salón de actos, se ve una figura blanca que pasa por en medio de las filas de sillas.

Una gente dice que, a veces, en la noche suena el timbre como para que los chiquitos salgan a recreo; pero no hay nadie y tampoco están *chochos*.

M.H.R.

Sexo masculino, 61 años

Belleza blanca

A las puras doce en punto de la noche, veníamos por la carretera de La Victoria para acá cuando nos topamos una bestia blanca, lindísima y grande. Le dimos campo para que pasara y cada vez que la volvíamos a ver, ya venía a toparnos. Así tres veces, parecía que en instantes nos pasaba adelante y se devolvía a toparnos.

Nosotros creímos que era la Cegua que se desapareció cuando vio que nos íbamos a arrimar.

Criaturas de la oscuridad

Venía yo solo de La Victoria una noche cuando me atacó una nube

de murciélagos. Me trajeron desde el puente de Chis hasta el alto de Buenos Aires. Yo los espantaba con una sueta y se desaparecían y, de pronto, me atacaban otra vez. Cuando llegó la claridad, se desaparecieron.

Parranderos

Una noche, pasadas las doce, venía yo de La Victoria con un amigo, bien borrachos los dos. En el bajo de Chis, nos sentamos y, por la juma, nos quedamos dormidos. Al rato, nos despertamos porque un buey nos quería morder.

Cuando nos dimos cuenta era que estábamos en una parte muy alta, como una montañita, donde no hubiéramos podido trepar por la borrachera. Pensamos que seguro los duendes nos habían llevado ahí.

Resurrección

Veníamos de *montiar* en La María, como a las diez de la noche, cuando oímos que venía como una piedra grande que bajaba *apiando poroses*. Los perros se nos enredaban entre las piernas del miedo. Nos quedamos queditos esperando y oímos el golpazo cuando la piedra cayó en el camino. Fuimos a ver dónde había caído, pero no había nada.

En esa misma ocasión, nos encontramos un *semejante armado*. Como iba a pasar por donde yo estaba, le

mandé un machetazo con un cuchillo grande que yo llevaba y lo partí en el puro centro. De repente, las dos mitades se volvieron a juntar y el *armado* se fue.

Paseo callado

Como a las dos de la madrugada, venía yo una vez de La Victoria y hacía una luna preciosa. Cuando venía bajando la cuesta de Chis, vi una señora. Estaba vestida de hábito y tenía la cabeza tapada con una *toalla* negra. Me pareció raro que una mujer anduviera sola a esas horas y me le puse atrás.

Dos veces le pregunté si venía para Juan Viñas, pero no me contestó. Me agarró un cierto escalofrío como de miedo. Me quedé viéndola bien y vi que, cuando caminaba, no pegaba los pies en el suelo. Inmediatamente pensé que eso era algo raro y cuando me di cuenta, ya no estaba, había desaparecido en un instante.

Víctima inocente

Mi señora siempre recuerda que una mañana, una señora que tenía como veintidós días de mejorada, salió a la acera a asolear al bebé y a que la gente de La Mica lo conociera. Después, se fue para la casa, que estaba por el lado de la poza, acostó al chiquito y se fue a lavar al río que pasaba muy cerca de la casa. Al rato, se fue

a darle una vuelta al chiquito y lo encontró ahorcado, le salía sangre por el pescuecito porque tenía un cordón amarrado en el cuellito.

La gente decía que habían sido las brujas las que lo habían matado.

Intranquilidad

Recién pasados a esta casa (Santa Cecilia), a medianoche salía el olor a pura aguadulce y se oían las ollas en la cocina como si alguien anduviera trastiando.

Después, empezaron a descobijar a los chiquillos y a sentárseles en el catre. Ellos creían que era el abuelo.

También se oía el ruido de pasos, como si una mujer con tacones estuviera caminando.

No podíamos vivir en paz, regamos agua bendita y salieron los espíritus supuestamente de una pareja. Tiempo después, volvimos a escuchar los tacones como si alguien se devolviera para entrar a la casa.

Otro día, estábamos en la cocina y empezamos a oír unas carcajadas horribles en el patio y que aruñaban las latas de cinc de la cocina.

De una de las ventanas se desprendía una sombra que pasaba hacia la sala o hacia la cocina.

Un cuñado mío que venía del beneficio de recoger unas muestras para llevarlas al ingenio, oyó unas carcajadas horribles. Se le escalofrió todo el cuerpo y no hallaba cómo pasar por

el frente. Al final, se animó a pasar en pura carrera.

Dicen que en la esquina de la piscina, se ve un hombre alto, alto, vestido de negro y con sombrero.

Como a las once de la noche, se oye el chapoteo del agua como si alguien estuviera nadando en la piscina.

La señora que vivía aquí antes en esta casa, salió a las doce de la noche a ver si venía el marido que salía de trabajar a esa hora. Volvió a ver para la piscina y vio entrando una pareja vestida de novios.

R.Z.Q.

Sexo masculino, 60 años

Ángel embrujado

Tenía yo como ocho o nueve años, cuando se *regó* en Juan Viñas la *bola* de que, en Naranjito, había un chiquito que las brujas habían matado. Yo fui a la casa del angelito y, con mis propios ojos, vi que estaba todo arañado y más profundamente, en el cuello.

Benefactor en penas

Yo creo que a todos los chiquillos de la Escuela Cecilio Lindo nos amenazaron alguna vez con mandarnos castigados al sótano, cuando hacíamos algo indebido.

El terror era muy grande porque nos decían que, en la parte de atrás de

la Escuela, estaba enterrado don Cecilio; otros decían que era en el sótano que está debajo del salón de actos.

Como si fuera poco, para aumentar el miedo, decían que, en las noches, don Cecilio salía a tocar el piano y que el retrato de él, que está en el salón, movía los ojos y parece que va siguiéndolo a uno por todas partes. Lo que sí es cierto es que nadie entra al salón por las noches.

Los chiquitos de ahora todavía cuentan estas cosas.

Transformación inexplicable

Viniendo de Santa Marta para Juan Viñas, papá vio un bultito blanco como de algodón, más adelante le pareció que era un conejito con los ojos rojos. Cuando llegó a la *Cruz de Misión*, el conejito se había convertido en un caballo grande, blanco. Entonces, papá tuvo que empezar a caminar para atrás, para no volverle la espalda, por si acaso.

Decían que eran las brujas para no dejarlo pasar porque caminando así no podía llegar hasta Juan Viñas.

Barrera fúnebre

En ese mismo camino, a papá se le atravesó un ataúd con las cuatro velas encendidas. También la gente decía que eran las brujas para obligarlo a devolverse y que no pudiera seguir hasta Juan Viñas quién sabe porqué.

Bombillo irrespetuoso

Una noche, mamá tenía un chiquito de meses acostado en la cama cuando, de repente, se apagó el bombillo, que era de aquellos que había que agarrarlos de una perillilla para encenderlos o apagarlos. Cuando ella se puso de puntillas (porque era muy bajita) y lo tocó, el bombillo salió disparado hacia otro lado y pegó en la pared; así un montón de veces, cuando mamá lograba llegar donde estaba el bombillo, el bombillo volaba hacia el lado contrario y se estrellaba contra la pared, pero no se quebraba.

En una de tantas, el chiquito lloró y mamá se acercó a ver qué le pasaba. Entonces vio que, en la mesita que tenía a la par de la cama, estaba el chupón puesto al revés: con la teta para abajo y la botella encima, pero no se caía.

Mamá le contó esto a una vecina y ella le dijo que eran las brujas, que no se dejara. Entonces, le aconsejó que, para espantarlas, primero les gritara unos buenos insultos como maldecirlas y mentarles la madre; después, que mezclara sal y ceniza y la *regara* por toda la casa en forma de cruz; además, que hiciera una cruz también en la mesa de a la par de la cama, porque seguro querían llevarse el chiquito. Mamá hizo todo y fue santo remedio; nunca más volvió a ver nada tan raro como eso.

Círculo de furia

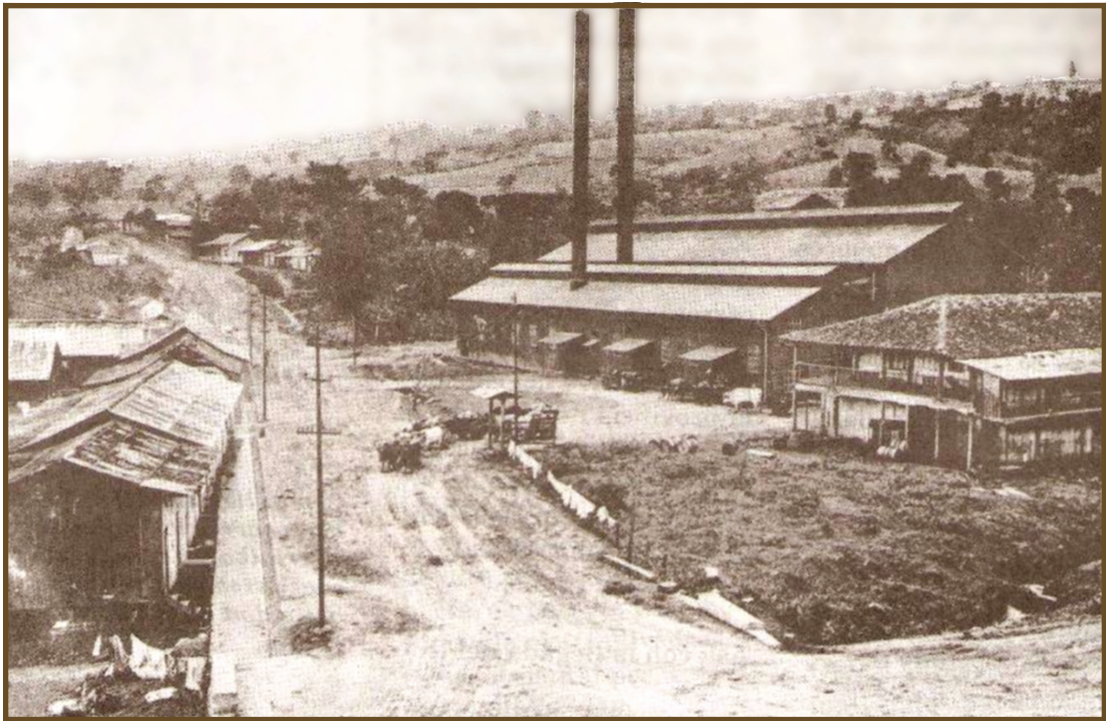
En la calle del ingenio, la gente veía un montón de yeguas que corrían como locas para arriba y para abajo. Alguien dijo que eran las brujas y que, para agarrarlas, había que hacer un círculo de sal sin cerrar, para dejarles una entrada abierta. De veras, hicieron el círculo y apenas las yeguas se metieron lo terminaron de cerrar con la sal. Las yeguas empezaron a darse patadas, golpes y mordiscos, desesperadas por salir, pero no podían.

Al día siguiente, los vecinos se dieron cuenta de que, en el círculo, no estaban las yeguas sino un montón de mujeres todas mordidas y llenas de moretones.

La gente decía que eran brujas y que ya las habían agarrado. Y no volvieron a ver las yeguas corriendo como desesperadas.

Vencedor del mal

Una vez, estaba un amigo de papá tomándose un trago cuando, de pronto, se le cayó al piso el fondo del vaso, él se quedó con la parte superior en la mano y, cuando volvió a ver para el suelo, en lugar del trago, había una yema de huevo. En el mismo instante que todo eso pasó, se le partió un anillo de acero que siempre andaba puesto.



Ingenio Stanley Lindo, Juan Viñas, 1922

Entonces, él se dio cuenta de que le iban a hacer un daño y que el acero del anillo lo protegía porque en el trago venía el mal. Por eso, siempre aconsejaba que había que usar un anillo de acero.

Amistad imperecedera

Papá nos contaba que, en Juan Viñas, habían dos señores que siempre andaban juntos porque les encantaban los tragos y tocar guitarra. Eran tan amigos que se hicieron la promesa de que el primero que muriera venía a

visitar al otro, porque la amistad era muy grande.

De veras, uno murió y el que quedó trabajaba de guarda en el beneficio. Una vez, cuando estaba cuidando como a la media noche, oyó pasos y rápido cogió el cuchillo y salió a ver qué era. Y vio al amigo, idéntico a como era en vida, que le sonrió y le dijo: "Ya te cumplí la promesa". Y desapareció.

Por esta aparición, el señor siempre decía que no hay que prometer cosas porque de alguna manera se cumplen y, por supuesto, recordó a su amigo para siempre.